

TIEMPO DE ALGARROBAS

Manuel Cubero Urbano

Todos los derechos reservados

Casi una vida después

Jucunda memoria est praeteritorum malorum

(Cicerón)

-Mamá, nosotros somos ricos, ¿verdad?

-¿Por qué preguntas eso, hijo?

-Es que como nosotros comemos todos los días...

Eso, en los tiempos de esta historia, era ser rico. O, al menos, faltaba poco. Fueron años en los que más de uno hubo de conformarse, recordando al Hijo Pródigo, con comer las algarrobas que encontraba en el suelo despreciadas por los cerdos.

Años en los que algunos niños echaron de menos el calor de un familiar, innominado y oculto. Años en los que una rebeldía innata encaminó los pasos de un grupo de chavales por los derroteros de una herejía incipiente con respecto al mundo en que nos tocó vivir.

Esos fuimos “el Botija” y sus amigos. Muchos de ellos hubieron de quitarse el hambre con las algarrobas del camino de la vida.

...

Lo recuerdo como si fuera ayer. Fue mi abuelo el que dijo aquello de “las notas darán asco, pero estos niños saben latín”. Se lo decía al maestro que, sufridor como pocos en aquellos momentos, no dejaba de quejarse de la marabunta que, un año más, le había caído encima. Aunque, en el fondo, yo creo que nos tenía cariño, mucho cariño. Y

eso que él sí sabía de latín, y de algarrobas. Una vida haciendo equilibrios en unos tiempos en que le tocó sufrirnos y querernos constituyen una clara evidencia de ello.

-Posiblemente, algún día, los recuerdos serán vuestros mejores amigos. Cuando un momento, una aventura, o una nueva amistad acuda a vosotros, escribid sobre ello –hoy han vuelto a mi recuerdo, nítidas en la distancia, aquellas palabras que nos dirigió al decirnos adiós aquel fin de curso.

Así fue: las escribí. Y, rebuscando viejos papeles inútiles, han vuelto a mis manos como agua de mayo. Despereándose entre recuerdos perdidos en la memoria, afloran y toman nueva vida. De ella, de esa vida perdida en el tiempo, he recuperado el que fue mi último curso gozado y sufrido entre quienes marcaron los años de mi infancia.

Años en que se forjó aquella generación que, llegado el momento, pudo y supo dar un paso adelante para hacer de nuestro país un lugar de encuentro entre los hijos de quienes, en un enfrentamiento fratricida, tanto sufrieron e hicieron sufrir. Un lugar en que hay páginas de la historia que jamás se deberán repetir, y que nadie, nunca, blandirá al aire como arma arrojadiza. Eso esperamos.

En más de una ocasión he cogido estas cuartillas rasgadas por mi vieja pluma y llegué con ellas hasta la papelera... Al final me dije que no. ¿Cómo voy a renegar las granujerías que vivimos aquel curso?

Así que, a una carpeta. Y, recordando palabras de mi abuelo cuando hablaba sobre el hambre que entonces apretaba entre los pobres de fortuna, las he rotulado como **“Tiempo de algarrobas”**.

Mis amigos

I

El “Botija” no le hace honor al nombre. El “Botija” no es ni redondo

ni frágil. El “Botija” debería llamarse mejor el “Lagartija”, porque el “Botija” es ágil y veloz como una lagartija. Pero el “Botija” es el “Botija”, y punto. ¿Que por qué le decimos el “Botija”? Por lo mismo que el “Rubio” -negro como el hollín- es el “Rubio” o “Rompehigos” es “Rompehigos”. Vaya usted a saber. La “Botija” es su madre y el “Botija” es su abuelo. Y ya está.

Mi padre dice que su abuelo, cuando iba a la siega, estaba siempre pegado a la botija:

-¡”Botija”, que nos vas a dejar sin agua!

- ¡”Botija”, ya está bien, que bebes más que trabajas!

Y el “Botija” abuelo abandonaba el agua como quien, marchando a las cruzadas, dejaba a sus seres más queridos.

El “Botija” -mi amigo, no el abuelo-, se escapa de misa todos los domingos. Dice que de mayor quiere ser comunista, como su padre. Por eso, siempre que puede, se escapa de misa sin que don Francisco, el maestro, se entere. O se dé por enterado. Porque don Francisco es listo como el hambre, con la que pasa el hombre... Bueno, eso es lo que dice mi madre:

-Anda, niño, que tienes más hambre que un maestro de escuela...

El “Botija” quiere ser comunista. Ppero él no se considera pobre. Que el “Botija” no es pobre, vaya, por lo menos eso dice él:

-Yo como todos los días por lo menos una vez. Y caliente, lo que es caliente, casi todos los días.

Más que el “Pulga” come. Porque el “Pulga” dice que muchos días no come nada más que cuando vamos a jugar por la tarde a la bodega de Perico “Vinos” y su padre nos da galletas para que no se nos salte la hiel mientras Perico se zampa un bocadillo de salchichón. Por la mañana sí que comemos todos. Por lo menos cuando hay colegio. El maestro nos da un vaso de leche americana y un trozo de queso amarillento y sequerón que, con lo salado que está, pide pan y agua como los malos de las películas del oeste cuando se pierden en el desierto.

Perico “Vinos” es buena gente, pero a Perico le gusta que sepamos que es rico y come todos los días. Por eso no come queso

americano en la escuela y nos lo da a los demás. Perico dice que él come por las mañanas un “hoyo” de pan y aceite. Por eso no tiene hambre en el recreo. Pero Perico no quiere vender el queso. Su madre le dice que eso no es de buenos amigos. Y eso que Luís, el “Pilili”, quería comprárselo por una perrilla (el de toda la semana, claro).

El “Pilili” no es que sea bujarrón, el bujarrón es su tío. Su tío, el “Pilili” viejo, el sastre. Bueno, eso es lo que dice mi hermano mayor. Al “Pilili” sastre, lo que más le gusta es tomar la medida de los pantalones, sobre todo al medir el tiro de la entrepierna. Cuando “Rompehigos” se hace un pantalón nuevo todos los años por feria, todo el pueblo se entera. Empezar el “Pilili” a tomarle la medida y “Rompehigos” a protestar, todo es uno.

-“Pilili”, maricón, le vas a tocar los huevos a tu puta madre -esa es la señal.

Ya le ha tomado el “Pilili” medida de un nuevo pantalón a “Rompehigos”. Dice Manuel, el primo del “Botija”, que al Pilili le hace mucha ilusión hacerle unos pantalones nuevos a “Rompehigos”.

-Es por lo del nombrajo -suelta con una miradita de guasa-. Por lo de la pilila tan grande que tiene, vaya.

¿Será por eso por lo que al Pilili le gusta tanto meterle la mano en la entrepierna? La intriga que nos reconcome por dentro desde hace tiempo es saber si “Rompehigos” se parece a su padre en los bajos.

-Algún día -dice el “Pilili” chico-, cuando vayamos a bañarnos la alberca de “Miguelito”, me tengo que fijar.

Y entonces salta el “Botija”, no falla:

-“Pilili”, que eres igualito que tu tío.

Aún así, yo creo que el “Pilili” no es mariquita, lo que pasa es que le gusta el pitorreo más que a un tonto un lápiz.

El “Botija” sí que es un amigo de verdad. Y eso que el maestro y el cura dicen que los rojos y los que no van a misa están en pecado y van al infierno. “Rompehigos”, que es más bien bruto, como su padre, decía el otro día que si el “Botija” iba al infierno y el tío de Perico “Vinos”, que va a misa todos los domingos, iba al cielo, con lo hijoputa que es... él prefiere irse al infierno. Sin embargo Perico es buena

gente, muy rico, eso sí, pero buena gente. Hasta el “Botija” lo dice:

-Cuando ganemos los comunistas, a Perico le dejamos las viñas.

Porque el padre de Perico tiene viñas, viñas y bodega. Y no está bueno el mosto... Un día se emborrachó el “Pilili” chupando con la paja que metemos en las botas cuando nos mandan a echarle de comer a los ratones y no nos ven. El padre de Perico se dio cuenta de que el “Pilili” estaba más borracho que “Rompehigos” el viernes santo y fue por el coche para llevarlo a su casa. Para que no le pegaran una paliza le dijo a su padre que había sido por los gases de la bodega.

El padre de Perico también es buena gente. Por eso el “Botija” le quiere dejar la bodega cuando los comunistas manden en España...

-Las viñas y la bodega –recalca para que se vea que los comunistas, aunque sean pobres, no son tan malos como dice el párroco.

Y eso que don Pedro, el padre de Perico “Vinos”, tiene hasta coche propio. Cuando nos ve camino de la estación, para y nos deja montarnos en él. Claro que, de vez en cuando, tenemos que empujarlo para que arranque. Porque el coche es de antes de la guerra. Perico dice que si nos fijamos bien, en una puerta se nota el agujero de una bala...

Una mañana de domingo

II

Esta mañana ha hecho buen tiempo. Aunque por la mañana, cuando íbamos a misa en fila con el maestro, hacía un frío que pelaba. De los canalones colgaba algún que otro carámbano todavía sin descongelar, y eso que eran ya las diez. Que bien podía el párroco haber puesto la misa de los pequeños a otra hora.

Vaya injusticia. La misa mayor, a las doce, para que nuestros padres se vayan de allí al bar. Y nosotros, ale, a las diez todos en fila, desde la escuela a la iglesia. El cura dice que los niños no deben estar mucho tiempo en la cama, y menos despiertos, que los malos pensamientos y la vitalidad infantil son malos consejeros, y después viene lo que viene. Se reblandece el cerebro, se pierde la vista...

Y eso no es lo peor, que me acuerdo, un domingo, cuando el cura nuevo, don Ramón, nos contó lo que le había pasado a un niño de Madrid. Se quedó un domingo en la cama sin ir a misa y, luego, cuando lo atacaron los malos pensamientos... Al despertarse, se asomó al balcón y como se había debilitado mucho, se cayó, se mató y fue al infierno. Y eso que fue su único pecado.

Así es que los domingos a las nueve, baño, ropa limpia y a misa. Después, a jugar hasta la hora de comer. Pues ya digo, hoy, como estaba raso, en cuanto el Sol apretó un poquito, empezó a picar el calor. El "Botija", al llegar a la esquina de la Calle del Hospital se acercó al "Pilili" y hablaron algo en voz baja. Después, aprovechando un descuido del maestro, echó a correr la calle abajo. El "Pilili", en un susurro, me dijo:

-Después de misa, en las cuatro esquinas, díselo a los demás.

"Cuatro esquinas"... "cuatro esquinas"... La cita se fue corriendo de boca en boca hasta que el maestro, con una tos seca, y como quien no se ha dado cuenta de nada preguntó si estábamos todos... Silencio sepulcral, ¿quién echaba la mentira? Que eso también era pecado ¿eh? Como todos los domingos fue él mismo el que nos sacó del apuro:

-Si, hace un momento os conté...

Respiro general y sonrisa beatífica e inocente del maestro. ¿Será tonto don Francisco? Pues otras veces no lo parece. La misa fue de lo más normalita. El “Pilili”, Perico y unos cuantos más fueron a confesar. Y el maestro que los mira...

-¿Qué habréis hecho?... mirad que luego pasa lo que pasa...

-No, nada don Francisco. Es que hacía dos semanas...

-Ah bueno.

Porque esa era otra, la confesión. En el pueblo hay tres curas. El párroco, don Juan, es bastante viejecito y sordera. Como ha vivido mucho y hasta los rojos, en la guerra, lo respetaron, es más comprensivo. El coadjutor, don José, que es quien dice la misa de los niños, lleva ya bastante tiempo en el pueblo. Tampoco es malo. Le gusta mucho el fútbol y tiene un equipo en el que juegan mis hermanos mayores. En las ferias de los pueblos, van a jugar. En Villanueva, hasta ganaron. A la camioneta le rompieron los cristales y todo...

Y después está el otro cura, el joven, don Ramón, que solamente está por unos meses. Cuando vamos a confesarnos con él, no hace nada más que preguntar y preguntar. Don Francisco dice que la confesión es un sacramento muy serio y que hay que hacer una buena confesión. Pero con el párroco, como está sordo y además ya no tiene ganas de preguntar ni nada, pues va uno y dice:

-Padre, me acuso de que he cometido varios pecados – y susurras un poquito sin decir nada.

Y el cura:

-Dos padrenuestros y un avemaría. Anda, hijo, vete con Dios.

Y ya estás perdonado. Ahora, que el cura nuevo... Ese lo quiere saber todo:

-¿Cuántas veces? ¿Solo o acompañado? ¿De pensamiento o de obra?

Y te suelta lo de que se te seca el cerebro, que si te puedes quedar ciego, que si la santa niña... Un rato grande, vaya. Y encima, te mira de una manera...

El padre de “Rompehigos” dice que ese curita, don Ramón, debe

de tenerlos como el caballo de Espartero de no usarlos, y que por eso pregunta tanto.

-Para regodearse -dice.

Y no nos quiere explicar qué es eso. Esta mañana, la cola para confesar con don Juan, el párroco, llegaba hasta el confesionario de don Ramón. Y éste, más solo que la una, siseando para que el último de la fila del párroco se volviese, lo mirase y cambiara de cura para confesar. Y el último, que era Perico, haciéndose el tonto como quien no oye nada. A todo esto, don Francisco, el maestro, que se da cuenta del asunto y se acerca a Perico.

-Pedro, ve a confesarte con don Ramón -le dice.

Perico, que seguía haciéndose el tonto, soltó una excusa. Y, más colorado que un tomate, se fue para el cura nuevo. No le dio tiempo ni a comulgar, media misa lo tuvo el tío de rodillas. Y anda que de penitencia... Tuvimos que esperarlo al terminar la misa. A "Rompehigos" le dio tiempo de fumarse un cigarro de matalahúga detrás de la torre del castillo.

Por fin, cuando terminó la misa y estábamos todos en la plaza, unas miradas furtivas al maestro y... "En compañía", disimuladamente, como quien no tiene prevista ninguna trastada en particular, tomamos el camino de las cuatro esquinas seguidos por la mirada de don Francisco. Yo creo que nos miró con un poquito de envidia, ¿o no? En cuanto el maestro se dio media vuelta, echamos todos a correr en busca del "Botija", que ya nos estaba esperando. Al "Pilili" le faltó tiempo para contarle al "Botija" lo que le había pasado a Perico.

-Joder, Perico, tú venga a rezar y vengan misas, pero le das a la manivela más que un tonto a un lápiz.

-Claro, como éste come todos los días, tiene una fuerza... Anda que cuando se le seque el cerebro se va a enterar -comentó "Rompehigos".

La bofetada me la llevé yo. Como estaba callado y no me la esperaba, "Rompehigos" se quitó a tiempo y me la encontré sin comerlo ni beberlo. Total, una "mosqueta", la camisa manchada y un botón arrancado. A Perico se le cayó un diente. Bueno, se lo quité yo

del puñetazo. Menos mal que se le movía ya...

-Mi primo me ha dicho que él iba delante... –cortó el “Botija”, temiendo que, de seguir la pelea, allí se podía acabar la excursión del domingo.

-Venga, vámonos que los de Alamillo ya habrán salido. Yy como lleguen antes ocupan el castillo -insistió “Rompehigos” intentando también que la pelea se quedase así.

-Tiempo tenemos para piedras y puñetazos allá arriba –dijo el “Pilili”.

El Castillo

III

El castillo. El maestro dice que es una torre romana en ruinas, o fenicia, yo qué sé. Un día se encontraron allí unas monedas más raras... Ya, apenas quedan dos metros de muralla por la parte más alta. Está en la cima del Cerro de la Oreja y desde ella se ve Alamillo, Villa Bermeja, el Calvario, el Pilar de Arriba, hasta el Pilar de Abajo, que está cerca del cementerio...

Con un par de tirachinas y una honda de buen esparto como la que tiene el cabrero, no hay enemigo alamilleño que se atreva a jugar

en todo el cerro. Por eso lo importante es llegar los primeros y coger el castillo.

-Venga, deprisa- insistió “Rompehigos”.

-Tranquilo, “Rompehigos”, que desde Alamillo se tarda lo menos un cuarto de hora más que desde Villa Bermeja. Y la misa dura lo mismo, así que menos prisa -respondió Perico limpiándose la sangre mientras me miraba de reojo.

-Sí, pero si empezamos a pelearnos nosotros aquí... -corté yo viéndolas venir y sin más ganas de jaleo.

-No es para tanto. Estos ya son amigos otra vez. ¿A que sí? -intercedió el “Botija”, que estaba ya deseando tomar posiciones.

Lo de apedrear a los alamilleños es una de sus pasiones. Así que volvió a insistir:

-Venga, vámonos ya, que hoy está mi primo Manuel. Dice que nos espera en el Pilar de Arriba.

Como ya no va a la escuela, no tiene que ir a misa. Y Manuel es peligroso: es el más valiente de todos. Un día que “Bastián”, el municipal, intentó quitarle la pelota por romper de un pelotazo el cristal de una ventana al boticario, le pegó un cabezazo en la barriga y salió corriendo para su casa. Cuando don Paco, el alcalde, le contó al padre de Manuel lo que había pasado, éste, después de la paliza, lo sentó en una silla, lo ató y colgó la silla de una viga hasta la hora de comer.

-Pues como me quite otra vez la pelota, se va a enterar -fue el desafío de Manuel.

Y “Bastián” no le volvió a quitar la pelota. Cuando íbamos camino del Cerro de la Oreja, al llegar a la piedra “arrastraculos”, “Rompehigos”, que iba el primero, se paró de golpe. Como si fuese un indio de las películas, se tumbó en el suelo y nos hizo señales. Todos hicimos lo mismo. Muy despacito nos arrastramos y asomamos la cabeza por encima de la piedra: su padre iba a caballo camino de la viña.

-Esperad que pase, que no se entere de adónde vamos. El otro día llegó mi hermano descalabrado y encima le pegó una paliza porque dejó mellado de un palo al hijo del alcalde de Alamillo.

-Es que aquí no se le pueden pegar pedradas nada más que a los pobres -protestó el “Botija”, que no pierde ocasión de demostrar que quiere ser comunista...

-Pues mi padre también tiene una finca y a mí me hizo un piquete el “Pilili” el mes pasado -puntualizó “Rompehigos”.

Y era verdad. “Rompehigos” también tiene una finca, y vacas, y cochinos. Lo que pasa es que tiene menos dinero que don Pedro y por eso la gente no le pone el “don”.

-Pero es que tampoco le pega -dice mi madre-, porque cómo es tan bruto y tiene tan mala fama...

Un día que mi padre no se dio cuenta de que yo estaba al lado, le oí decir en la taberna que habían echado a “Rompehigos” de una casa de mujeres malas en Sevilla porque tenía una pinga tan grande que hasta esas mujeres se asustaron al vérsela. Yo no entendí muy bien lo que quería decir, pero sí adiviné que tenía que ver con el “nombrajo”. Además, don “Rompehigos” no pega, y como nadie sabe cómo se llama de verdad...

“Rompehigos” dice que su padre se llama como él, Juan. Pues si no fuera por el maestro nosotros tampoco sabríamos que él se llama Juan.

Cuando el caballo de “Rompehigos” se perdió entre los olivos detrás de la loma, calladitos, y a rastras, nos fuimos deslizano piedra abajo.

-¡Ale! Si nos llega a pillar y se entera... -dijo Perico.

-Pues anda que él... - respondí yo, que había oído a mi abuelo contar peleas suyas y de mi padre, de cuando eran chicos, con la gente de Alamillo.

Porque mi abuelo, cuando mi padre me riñe, sale a defenderme y dice que él si que “era un prenda...” Un día lo tuvieron detenido los serenos de Alamillo toda una noche porque fueron a la feria del pueblo a salir con las muchachas de allí y terminaron a bofetadas y botellazos con los alamilleños. Tuvieron que ir mi abuelo y el de “Rompehigos” a por ellos y pagar la multa.

-“Rubio”, móntate en un chaparro a ver por dónde va mi padre -dijo

“Rompehigos”.

Y es que si el “Botija” era como una lagartija, el “Rubio” es como un gato. Morenillo y renegrado, pesa menos que una pluma y se monta hasta la copa de un eucalipto en menos que canta un gallo.

El “Botija” dice que el “Rubio” come caliente todavía menos que él y que por eso es tan chiquitillo y desmirriado. Yo no sé de donde sacará la fuerza, pero se agarra a las ramas de los árboles como una garrapata y no hay forma de despegarlo. Un día, que vimos en la copa de un algarrobo un manojo de algarrobas tan grandes como las orejas de un borrico, nos apostamos con él una perra gorda a que no era capaz de subir por ellas.

Se ganó la perra gorda y, encima, se hartó de algarrobas. Como no se fiaba de nosotros, se las comió allí mismo antes de bajarse. Y tuvimos que darle la perra gorda.

-Anda “Rubio”, “chupao”, que parece que no comías desde el mes pasado -le dijo Perico “Vinos”.

-Bueno y qué. Dile a tu tío que le pague a mi padre la tala del mes pasado y verás como tenemos para comer.

A Perico le faltó el canto de un duro para subirse al algarrobo y liarse a tortas allí mismo con el “Rubio”. Menos mal que “Rompehigos”, que es más bestia que su padre, lo sujetó.

-Joder Perico, si es verdad. Tu tío es el más tramposo del pueblo. Ya ves, hasta tu madre ha dicho que es más “agarrao” que el rabo de una sartén.

-¡Eso es mentira!

-¿Sí? Pues tu madre lo comentó el otro en mi casa. Que lo oí yo mientras me lavaba los pies.

-¡Anda ya! Si tú no te lavas los pies desde que te lavó la partera. Ya ves, tu madre canta eso de:

“Cada dos meses o tres,
debes lavarte los pies”.

Bueno, por donde íbamos. Cuando el “Rubio” se bajó del chaparro, continuamos todos camino del Cerro de la Oreja.

-Maldita sea... ¿no os lo dije? -susurró “Perico” señalando al

“Botija”- ya están los alamillos liados con el primo de éste.

-Menos mal que mi primo Manuel los tiene más grandes que “Rompehigos”, que si no...

-¡Está sólo en el castillo frente a los otros! -fue el grito de admiración del “Pilili”.

Y era verdad. Manuel, el primo del “Botija”, estaba sólo con un tirachinas haciendo frente a todos los alamillos.

-Lo menos siete -dije yo.

El “Rubio” que, con el hambre, tiene agudizado el ingenio –como dice don Francisco-, nos hizo callar a todos y comenzó a hacernos señales. Con los bolsillos llenos de piedras y los tirachinas en posición de “apunten”, nos fuimos colocando detrás de los alamillos. Permanecimos escondidos hasta que, a una señal de “Rompehigos”, lanzamos una andanada que sorprendió a los otros. Cuando los alamillos se vieron rodeados, creyendo que éramos más que ellos, echaron a correr mientras se defendían a pedrada limpia. Perico se resbaló, cayó por un peñasco y empezó a gritar de dolor. Fue Luisillo el “Tacatá” el primero en darse cuenta. Y empezó a gritarnos.

-¡Eh, parad, que uno de los vuestros está llorando!

Al oír el grito, en ese silencio momentáneo que provoca la desconfianza, oímos los ayes de Perico “Vinos”. Todos acudimos al instante.

- Joder, todos los ricos parecéis tontos, a ti te tiene que pasar todo -fue la salida del “Botija”.

Pero la cosa parecía seria, Perico estaba blanco como la pared. Tenía el pie torcido como el del “Cojo Lechines” el primo del “Rubio”. El “Tacatá”, que es de los ricos de Alamillo, dijo que no era culpa de ellos, que eso no era de una pedrada.

-Como digáis en Villa Bermeja que hemos sido nosotros, os enteráis, ya no venimos más a pelear...

-Lo que pasa es que este tío es tonto -fue toda la respuesta del Botija.

-¡Vámonos para el pueblo, se acabó la pelea por hoy! Pero el domingo que viene, si no llueve, otra vez nos vemos aquí, ¿vale? -

propuso Luisillo el “Tacatá”.

La vuelta

IV

El “Tacatá” es rico, pero es muy valiente. Su padre vino al pueblo a una feria y formó un jaleo tan grande bailando que la Feliciano se enamoró de él y acabaron casándose. Anda que le dieron una “cencerrá” en Villa Bermeja el día de la boda... Aquella noche se juntaron un montón de gente de los dos pueblos. Al principio, todo iba tan bien, pero cuando los mozos estaban ya hartos de vino y se acabó el convite, empezó el jaleo. Primero se formó la “cencerrá”. Todos de acuerdo. Aquello se merecía un escarmiento. Hasta ahí podíamos llegar: una de Villa Bermeja casada con uno de Alamillo. Lo malo fue cuando empezó el vino a decir aquí estoy yo.

-¡“Tacatá” cuidado que eres tonto, cargar con una “bermejina”! ¡Más puta que las gallinas! –dijo un borracho de Alamillo.

Y se lió. Primero salieron las botellas, cuatro descalabrados y otros cuatro o cinco con unos cuantos dientes menos. Los más prudentes echaron a correr hacia Alamillo. Cuando los bermejinos vieron que la cosa se ponía a su favor, redoblaron los botellazos acompañados de pedradas. En las cuestas del Cerro de la Oreja los alcanzaron mis paisanos, pero cuando los otros se vieron más fuertes desde arriba, se volvieron las tornas: piquetes y melladuras para los bermejinos. Tuvieron que acudir los alcaldes, los municipales y la Guardia Civil de los dos pueblos. Hasta que no sonaron dos o tres tiros no paró la cosa.

...

Bueno, sigo con la historia.

-Oye “Tacatá”, ¿y si vienes tú al pueblo con nosotros, para que crean que no estábamos de pelea? -dijo el “Botija”.

-¿Me vais a apedrear luego?

-Joder, ni que fuéramos como los judíos, que vendieron al señor -respondió Perico.

-¡Eh! ¡Tú que eso de los judíos te lo han enseñado los fascistas! Mi padre dice que todo eso es mentira. ¡Te parto la boca como vuelvas a hablar mal de esos “desgraciaos”!- cortó, tajante, el “Botija”.

-Pues mi tío dice que los comunistas y los judíos tuvieron la culpa de la guerra - contestó Perico.

-¡Y a tu tío le va a partir la boca mi padre cuando se entere! -contraatacó el “Botija”.

-¡Bueno, venga! Ya está bien de tanta pelea, ¿no estabas llorando hace un momento? –me dirigí a Perico mientras, entre “Tacatá” y yo, le ayudábamos a levantarse.

-¡Cárgamelo a la espalda! –pidió el “Botija”.

El “Botija” con todo lo canijo que está, se echó auestas a Perico y comenzó a caminar cuesta abajo mientras “Tacatá” lo sujetaba por detrás para que no tuviese que ayudarse con la pierna rota. Todos, en procesión, emprendimos el camino de vuelta a Villa Bermeja. Bermejinos y alamillos en buena compañía charlando de nuestra última pedrea, de nuestro último partido, de la alberca de Miguelito...

-Joder, y que no está fría el agua de la alberca, hasta en pleno verano –presumí de valiente (esto de decir “joder” es como lo de “cabrón”, queda uno de más hombre...).

Pero yo no acabo de fiarme. Lo de que somos unos traidores, no se le cae de la boca a los capullos esos de Alamillo. ¿Qué culpa tenemos de ser más listos que ellos? Camino de Villa Bermeja, ni nos paramos en la piedra “arrastraculos” a resbarnos desde lo alto, como hacíamos casi siempre. Entre los gritos de Perico cada vez que resbalaba el “Botija” y algún que otro empujón que nos íbamos dando con los de Alamillo como sin querer, no era cosa de perder más tiempo... Menos mal que “Tacatá” estaba al tanto de todo.

-¡Te voy a dar dos ostias que te parto la cara, gilipollas! Las

peleas, con dos cojones, en lo alto del cerro. Si se acabó la pelea, se acabó y tan amigos. ¿Vale ya? –cortó a uno que se le echó encima y por poco lo tira.

La entrada al pueblo fue buena de verdad, don Francisco estaba tomándose una cerveza en el Casino y nos vio llegar desde lejos. Los tobillos empezaron a temblarme, miré al “Botija”: temblaba más todavía. Normal, me dije. El “Botija”, en plan valiente, se justificó:

-Sí, cojones, carga tú con el Perico este... Voy a temblar yo porque esté allí el maestro...

El pobre de don Francisco, listo como el hambre que dice mi padre que pasa, se metió para dentro a pagar o lo que fuera... Temblores que pasan y el “Botija”, que un momento antes temblaba por el peso de Perico, corría que se las pelaba para pasar delante del Casino como una bala. Más vale confesar una debilidad física que otra de “yoquesécomosellamaeso”, pensé.

Y si no había nadie en la calle... ¿cómo es que el padre de Perico venía ya con Félix, el practicante, por la calle arriba? Pues no lo sé, el caso es que viene diciendo no sé qué de don Francisco...

El padre de Perico se acercó al “Botija” mientras el practicante le pasaba la mano por el hombro, ayudando a bajar a Perico. El médico, el taxista, la madre de Perico, el maestro, los vecinos, la chacha: ya estaban todos dentro de la casa menos nosotros. El “Tacatá” me miró entonces como diciendo “no empecéis ya a apedrearme”.

-Joder, “Tacatá”, que no te va a pasar nada... -le dije yo.

El padre de Perico, que salió de la casa, nos preguntó qué había pasado, mientras su manaza, enorme, se apoyó con un deje de cariño sobre el hombro del “Botija”. El “Tacatá” comenzó a cumplir su parte del trato:

-Verá usted, es que habíamos quedado en el Cerro de la Oreja para jugar un partido y Perico se cayó de un peñasco...

-Eso se lo vais a decir así a su madre, ¿verdad? -respondió el padre de Perico.

Yo no sé si fue una orden o un ruego, para mí que el hombre no se tragó lo del partido.

-Pues claro, hay que decir la verdad... -esta vez fue don Francisco el que cortó la conversación.

Y yo, que me hice un lío. Este maestro es tonto... no quiere que digamos mentiras y lo que dice... O es una mentira o don Francisco es tonto. ¿Será que los mayores pueden decir mentiras y no es pecado? Mi abuelo decía no sé qué cosa de las mentiras piadosas... Pues eso será. El "Tacatá" aprovechó la presencia de don Francisco y del padre de Perico para batirse en retirada. Ya en la distancia se volvió a preguntar:

-¿Vais a ir el domingo que viene al Cerro?

Y don Francisco, ¿será tonto de verdad?

-Oye, Luís, que no he visto el balón, a ver si os lo habéis dejado en el Cerro... Dale saludos a tu padre...

La venganza

V

Perico "Vinos" no es mala gente, no. Lo que pasa es que cuando tienes una pierna escayolada te pica que no veas. Y claro, como para rascarte tienes que andar que si una aguja de hacer punto, que si un palito... ¡Yo que sé! El caso es que te pones de una mala leche... y la madre:

-Perico. Ya está bien, que te vas a hacer daño.

-¡Si no aguanto mássss!

-Pues bien podías haberlo pensado cuando estabas en lo alto del Cerro. Que a saber lo que estaríais haciendo.

Y claro, que "si te van a oír los vecinos", que "menos gritar"...

Y mi madre:

-Habrá que ver donde va a parar esta juventud tan desquiciada...

Vaya, lo mismo que le decían a ella mis abuelos. Porque esa es otra, mi abuelo no falla nunca:

-Si yo le cuento a los niños lo que tú...

Y mi madre:

-Sí, claro, tú siempre tan gracioso...

Yo recuerdo que, cuando me partí el brazo, el día que me caí al saltar la tapia del patio de la vecina...

-Manolo, vamos a robarle los limones a la "Petro"... -eso fue hermano.

Y pum, brazo roto. Me tiré un mes que no me aguantaba ni mi abuelo. Lo de menos fue la solfa que me pudo haber dado mi madre, que por lo menos de esa me libré aquella vez. Pero es que claro, Petronila, mi vecina, es de antipática lo que no está en los escritos - que yo no sé lo que quiere decir eso, pero cuando lo dice mi hermana, por algo será...

Bueno, Petronila, o la "Petro", como queráis llamarla, tiene más arrugas que el traje de don Felipe, el otro maestro. Y no es que sea vieja, no: es todavía más vieja. Y de fea... Dice mi abuelo que de chica ya era igual que ahora, y que por eso se quedó para vestir santos. Que esa es otra, ¿qué pecado habrán cometido los santos para que todas las que se dedican a vestirlos sean tan feas y tan antipáticas?

A lo que íbamos: la "Petro", que es fea, vieja y antipática, como acabo de decir, es vecina mía. Tiene un patio llenito de flores y con unos cuantos árboles: una morera, un limonero, un naranjos y dos o tres más que no dan frutas.

-Si tú te subes en el brocal del pozo y das un saltito, ¡zas! Ya estás en lo alto de la tapia -me dijo mi hermano.

Y yo, como es mayor, pues le hice caso. De allí al patio de la "Petro", nada, un par de ramas de la morera, y al suelo.

El único problema es que si me pilla mi madre, zapatilla en el culo que te crió. Porque claro, es lo que dice, que si la "Petro" es de esta manera y de aquella, que si nos caemos al pozo, que si mi padre se entera... Y si me pilla la vecina... las voces se oyen en lo alto del campanario:

-¡Sinvergüenza! ¿No gana tu padre para comprar limones? Claro, de tal palo, tal astilla.

Y digo yo, que si la “Petro” dice eso es que mi padre... No, si al final aquí todo el mundo tiene que callarse la boca. Cuando es mi abuelo el que está en la casa, todo se queda en “que no se entere tu madre”. Y una sonrisa que se le escapa como sin querer.

Al final va a resultar que mi abuelo también tiene cosas que ocultar. Y si mi abuelo dice que mi madre es una santa, él no debe de andarle lejos... Aunque de las dos cosas tuvo, seguro: de santo y de diablo, que suelta alguna sonrisilla cuando hago alguna de las mías que ya, ya...

Éste es otro como el maestro. Mucho reñir pero luego te mira como diciendo: si yo te contara... Y es que como don Francisco también fue un niño del pueblo... digo yo que sus historias tendrá... ¿Será por eso por lo que todos los niños de la escuela de don Felipe quieren venirse con mi maestro?

Mi abuelo me contó una vez que don Francisco y mi padre, que son amigos desde chicos, para desgracia mía, se subieron al campanario un domingo, y cuando salía la gente de la misa mayor, se pusieron a orinar desde lo alto. Les dieron una... Fue cuando los mandaron internos a un colegio.

Pero lo de robarle a la “Petro” no es culpa nuestra, lo que pasa es que el limonero tiene los limones más hermosos que he visto en mi vida. La cosa empezó un día que mi madre mandó a mi hermano por limones y, como no había nadie en la casa de arriba, saltamos la tapia, le robamos a la vecina los mejores limones, y nos gastamos el dinero en chucherías.

-Como le digas algo a mamá... -me amenazó.

Cuando ya le habíamos cogido el tranquillo a la cosa, hace dos o tres meses, me dice mi madre:

-Anda, Manolo, ve por limones a la tienda. Y me dio dos pesetas.

¿Qué iba a hacer yo? Pues lo que ya os podéis imaginar: guardarme el dinero y robarle los limones a la “Petro”. Si no hubiese sido por Cirilo, el “Meapilas”, no pasa nada. Pero aquel día, mira por dónde, el “Meapilas”, que tiene un perro grandísimo, había ido a casa de la “Petro” a recoger una capillita de esas que llevan por las casas y

tienen allí una semana.

El muy cabrón... -que tengo yo que preguntarle a mi hermano que qué es ser un “cabrón”, porque él, cuando lo dice, se queda como si fuera una persona mayor. Más chulo... Total, que el “Meapilas”, que había ido con el perro, se dio cuenta de que yo estaba robándole los limones a la “Petro”. Apenas oí sus palabras...

-¡Anda por él!

Sentir los ladridos del perro pegados a mi culo, saltar yo como un gato, y pegarme un castañazo, fue todo en un segundo. No me di cuenta hasta que empezó a dolerme el brazo, caído ya en el suelo de mi patio. Ahora, que ésta me la paga el monaguillo... Anda que no me picaba nada el brazo.

El monaguillo, bueno, el “Meapilas”, quiere ser cura... Será por eso por lo que no quiere dejarnos caer en la tentación de robar, pero esta me la paga, vaya si me la paga.

Como a Perico debe de picarle la pierna tanto como a mí me picaba el brazo, por eso está de tan mala uva cuando vamos por la tarde a jugar con él a su casa. De allí a la bodega, que está por el postigo, y de la bodega allí, no salimos.

Y entre que está hecho un prenda -como dice el maestro-, y la necesidad de quemar energías que tenemos -como dice mi abuelo cada vez que hacemos una trastada-, llevábamos unos días cavilando qué podríamos hacer para divertirnos.

Yo me acordé de mi escayola cuando vi a Perico presumiendo de la suya. Entonces le conté a los de la pandilla, con pelos y señales, todo lo que me pasó en el patio de la “Petro”.

¿Os había dicho que el “Meapilas” y Rubén, el vecino de arriba de la “Petro”, van a la escuela de don Felipe? Por eso no son de nuestra pandilla de amigos. Vaya que para jugar con ellos, preferimos jugar con los de Alamillo, el pueblo de al lado. Así que si las pedreas con los de Alamillo son sólo los domingos, con los de la escuela de don Felipe...

Un día, que la “Petro” avisó a los municipales de que iba a haber una batallita al salir del colegio -yo creo que se chivó Rubén-, pillamos

en medio a “Bastián” y al “Cabra”, los dos municipales. Como estaban escondidos para cogernos “in fraganti” –que eso lo dice don Francisco cuando nos pilla en una-, no nos dimos cuenta hasta que el “Cabra” se llevó un peñascazo. Que digo yo que no fue culpa nuestra, porque como estaban escondidos y de pronto se pusieron en medio...

Se lió un jaleo... Que si atentado a la autoridad, que si la culpa era de nuestros padres que, como son unos masones comunistas y no están en la Falange, pasa lo que pasa: que vaya educación que nos dan... De esa, estuvimos una semana en que cada Municipal iba a una escuela a la hora de entrar y salir y nos vigilaban hasta que nos separábamos. Un señor mayor, al que le dicen el Juez de Paz, llamó a mi padre y al del “Rubio”... ¿Qué culpa tendremos de que a la escuela de don Felipe van nada más que tontos que no saben ni jugar a “flauta”? Fijaos que algunos hasta se lían cuando cantan aquello de:

Uni, doli,
treli, Catoli,
Quili, quileta.
Estaba la reina,
Sentá en su silleta,
Vino el rey,
Apagó el candil.
Candil, candón,
Cuéntalas bien,
Que veinte son...

Como sabréis, el que se queda canta la copla mientras los demás nos escondemos. Si es de la escuela de don Felipe, se lían tanto que cuando termina de contar ya estamos algunos en el cerro de la Oreja. Como para alcanzarnos...

Rubén, un día que se las quiso dar de listo, como decía que era lo mismo cantar la copla que contar veinte, se puso a contar:

-Uno, dos,... cuatro,... siete,... ciocho, cinueve y veinte...

La regla dice que cuando pillamos a uno haciendo trampa se lleva un capón del que lo coja. El “Botija”, que sabe lo tramposo que es, se calculaba lo que iba a hacer Rubén, nos hizo señales, y nos quedamos

todos quietos, muy calladitos, detrás de él. Cuando terminó de contar, como todos teníamos derecho a darle un capón... no hizo más trampas en un mes. A nosotros nos la iba a dar un niño de la escuela de don Felipe...

Los rivales y la Iglesia

VI

A Cirilo no le hemos puesto nosotros el “nombrajo”. Eso es de familia. Como lo de “Rompehigos”, o lo de “Pilili”, vaya. El “Meapilas” es su padre, que es sacristán. Será por que está siempre metido en la iglesia, digo yo. Menos cuando está en la taberna, claro. De la sacristía, a la taberna y de la taberna a la sacristía, coge cada borrachera, que mi padre, cuando lo ve borracho camino de su casa, va y le dice:

-“Meapilas”, so cabrón, te vamos a tener que poner “Meagarrafas”.

¿Por qué dirán los mayores tanto “cabrón”? Bueno, a lo que iba, mi padre dice que el padre de Cirilo tiene más vino que sangre en las venas.

-Las cosas, con la edad, ya no tienen enmienda –dice mi abuelo.
Y como don Juan, el párroco, es tan buena persona, no lo va a

poner ahora de patitas en la calle. Y eso que el pobre don Juan se gasta en vino de misa...

-Casi veinte duros a la semana –dice don Pedro, el padre de Perico.

-Yo creo que lo de “Meapilas” se lo dicen porque está casi siempre en la iglesia con las beatas –le expliqué al “Botija”, que como entiende poco de las cosas de la iglesia...

-Claro, y se mea en la pila del agua bendita –salta el “Botija”, que no pierde ocasión de burlarse de las cosas de la religión.

Los sábados y los domingos, creo que ya lo he contado, cuando no hay nadie trabajando en la bodega de Perico, bajamos a echarle de comer a los ratones, y nos ponemos de vino, chupando de los barriles con la pajita... Pero Perico dice que es mejor bebernos el vino de misa de la sacristía, que como ese ya está pagado, su padre pierde menos dinero.

-Ni que nosotros fuéramos tan borrachos como el “Meapilas” o “Rompehigos” - le digo yo.

Y aunque quisiéramos. El problema es que como nosotros no somos amigos del “Meapilas” no hay manera de colarnos en la sacristía, sin que nos vean, para pegarle un tiento a la botella del vino de misa.

-Está más bueno ese vino... –eso lo dice Cirilo para hacernos rabiar.

Desde hace un par de meses, nosotros nos ofrecemos al cura para sujetarle la patena cuando va a dar la comunión. Y entramos a la sacristía y todo. Pero como el “Meapilas” es más cabrón que mandado a hacer, siempre está vigilando para que no nos acerquemos al vino de misa.

Vaya, ya se me pegó lo de decir “cabrón”. Como mi hermano, cuando se lo pregunto se hace el tonto y no me lo quiere explicar... Un día tengo que sonsacar a mi padre a ver si me entero de lo que significa eso. Lo que pasa es que no me atrevo, porque como me pase lo que a Perico cuando preguntó en su casa lo de “puta”...

-Cuidado, que os veo, y como toquéis la botella vais a don Juan –

amenaza Cirilo.

Lo malo es que si don Juan se lo dice a tu madre: zapatilla que te crió. Luego, se lo dice a don José, el cura de los niños, y dos semanas apartado del equipo. Pero peor es que, este curso, don José tiene dinero del Frente de Juventudes y salen a otros pueblos a jugar. Si estás castigado, pues no vas.

-Este año, vamos a ir a Alamillo a jugar con los equipos de allí – dice don José para que nos portemos bien.

Manuel, el primo del “Botija”, dice que cuando vayamos a Alamillo vamos a liar allí la misma que se lió en Villanueva cuando fueron los mayores.

-Pero tenemos que llevar tirachinas y piedras guardadas en los bolsillos –dice.

A pesar de todo esto, el “Meapilas”, encima de que se chiva de todo, quiere venir con Rubén a echarle de comer a los ratones de la bodega de Perico. Sí hombre, ni que fueran de la pandilla.

-Oye, si me dejáis jugar en casa de Perico, os dejo solos un rato en la sacristía y, además, os digo dónde guarda don Juan los recortes de las hostias...

-¡Vete a la mierda! –dice el “Pilili”- Las hostias las hace mi tía en su panadería y nos da todos los recortes que queremos...

Entre el marcaje que nos hace el niño ese en la sacristía, lo del patio de la “Petro” y que Rubén también es de la escuela de don Felipe, les tenemos unas ganas a los dos... Porque cuando a Perico le partí el diente de un tortazo, como somos amigos y de la misma escuela, pues no pasó nada. Pero el “Meapilas”, con lo del perro, tiene todas las papeletas. Hasta defiende a don Felipe cuando los domingos empezamos a reírnos de su chaqueta en la misa...

Que es lo que yo digo, ¿Qué culpa tenemos nosotros de que no se arregle ni los domingos? Durante la misa, el maestro se pone en la última fila de los niños de su escuela para vigilar bien y que no alboroten en la iglesia. Y como los de la escuela de don Francisco, nos ponemos detrás de ellos, justo detrás de don Felipe nos colocamos Perico “Vinos”, “Rompehigos”, el “Pilili”, el “Pulga”, el “Rubio”, en fin,

toda la pandilla menos el “Botija” que, como es comunista, se escapa de misa.

Nosotros empezamos a hacerle “figuretas” por la espalda, y a señalarle la chaqueta llena de arrugas. El “Meapilas”, desde el altar mayor, no hace nada más que vigilarnos y, claro, se equivoca muchas veces y lo hace casi todo con retraso. Don José se vuelve a mirarlo y le dice en voz baja:

-Cirilo, que estás siempre en Babia... Y entonces, nos mira con una cara...

Lo peor es cuando se vuelve a mirarnos y hace señales de que nos va a pegar. Algunas beatas se dan cuenta y empiezan a mirarnos. Nosotros, ponemos una cara de santos inocentes que hasta damos lástima. Don Francisco, que se huele algo, se levanta, se acerca a nuestra fila, nos mira las caritas de niños buenos, se sonríe al ver las arrugas de la chaqueta de don Felipe y murmura algo entre dientes...

Hasta el “Botija” dice que un domingo no se va a escapar de misa:

-Nada más que para reírme de don Felipe...

Porque como ya sabéis, el “Botija” se escapa de misa todos los domingos y se va a jugar a la calle del Pilar, que no está lejos de la Iglesia. Cuando termina la misa, nosotros nos vamos también allí -si no vamos de pelea con los de Alamillo, claro- y jugamos un partido contra los niños de esa calle hasta la hora de comer. Casi siempre les ganamos por paliza. Bueno, la verdad es que son más chicos que nosotros.

Pues allí, tampoco quieren los vecinos que juguemos. Dicen que somos unos rabos de lagartija.

Ayer, el maestro nos explicó que a algunos animales se les reproduce parte de su cuerpo cuando se les corta y, para desgracia de las lagartijas del pueblo, puso el ejemplo de las estrellas de mar y de las lagartijas. Por la tarde como era sábado, nos fuimos a jugar un partido a la calle del Pilar. La madre del “Meapilas”, que vive en esa calle, salió a reñirnos porque le dimos un balonazo en la ventana.

-Ya están aquí los rabos de lagartija –dijo.

-Y ya nos pilló la “Pitraca” –respondió en voz baja el “Rubio”.

Y digo yo, ¿qué culpa tenemos nosotros de ser muy aplicados y que nos guste investigar lo que dice el maestro? Estábamos jugando, Perico vio una lagartija, yo me acordé de lo que don Francisco nos dijo sobre los brazos de las estrellas de mar y del rabo de las lagartijas. Y lo experimentamos...

-¡Mira! ¡Fíjate cómo se mueve el rabo después de cortárselo...!

-Si está visto que el maestro sabe más cosas... – respondió el “Rubio”.

Pues se enfadaron la “Señá” Paca y la “Pitraca” cuando nos sorprendieron en plena faena. Ah, por si no lo sabéis, la “Pitraca” es la madre del Meapilas.

-No pensáis nada más que en hacerle sufrir a los animalitos –dijo la madre de Cirilo.

Como si ellas no nos hiciesen sufrir a nosotros... Menos mal que no les hicimos mucho caso. Estuvimos jugando y experimentando toda la tarde. Al final tuvimos tiempo hasta de atar una guita muy larga al llamador de la puerta de Rubén, que vive enfrente de Cirilo, y tirarla en medio de la calle... Cada vez que uno tropezaba con ella, pum, toque de llamador y Chari, la hermana de Rubén, que se asomaba a la ventana para ver quien era...

-Será un fantasma... –dijo el “Pilili”-. Porque nosotros ni nos acercamos a tu puerta.

-Pues os voy a vigilar, y como pille al gracioso...

Y nos vigilaba... Yo creo que hasta se asustó cuando veía que el llamador se movía solo sin que nadie lo tocara... Hasta que llegó el bobalicón del “Meapilas”, tropezó en la cuerda, y como no se la esperaba, se dio un batacazo.

-El tonto ese siempre mete la pata –se burló “Rompehigos”.

-Se lo voy a decir a don José y os vais a enterar. Vais a estar lo menos un mes sin jugar en el equipo.

-¡Pelota de los curas! ¡Pelota de los curas! –empezó a gritar el “Botija”.

Aprendiendo vocabulario

VII

El “Pulga” dice que un día oyó a don Francisco decir algo como:

-Habrá que buscarle una novia a este Felipe.

Yo no sé qué tendrá que ver la novia de don Felipe con las arrugas de la chaqueta. Y además, ¿por qué se preocupan todos por el maestro nuevo? Que si las arrugas de su chaqueta, que si buscarle novia, que si gana poco... Y mi padre:

-Ese mozo... Si pensamos que está soltero, y que lo poco que gana se lo gasta en la pensión, ¿qué le vas a pedir?

Pues vaya. Con las ganas que yo tenía de ser maestro... No sé, pero me estoy imaginando que quitando lo de poderte vengar un día de los castigos y palmetazos que nos regala don Francisco de vez en cuando, lo de ser maestro no tiene muchas ventajas... Y, luego, todo el pueblo pendiente de ti. La verdad, me tengo que pensar si estudio para maestro o no. El otro día, cuando fui a la taberna a avisarle a mi padre de que había visita en casa, estaba comentando don Pedro:

-Este don Felipe, entre que está solo y que vive en la Pensión, sí que tiene que pasar hambre, pero de la de verdad. Vaya, que pasa más hambre que un maestro de escuela -dijo entre risas-. Además, no le vas a pedir que lo poco que ahorra se lo gaste en ropa nueva y

planchas...

O sea: gano poco, todo el pueblo pendiente de mí y encima, como me toquen niños como los de mi pandilla... Está visto: tengo que pensarme más lo de ser maestro.

Don Felipe es nuevo este curso en Villa Bermeja, y todavía no conoce a casi nadie. Está más solo que la una... Bueno, ya no tanto, porque un día la madre de Rubén se hizo la tonta, según dice mi madre, y pasó por la puerta de la escuela de don Felipe justo a la hora de salir los niños.

-Buenos días don Felipe. ¿Cómo va mi chiquillo? -le preguntó mientras cogía cariñosamente a Rubén por el hombro.

-Muy bien -respondió-. Es un alumno muy obediente y estudioso.

Y más tonto que el malo de las películas. Pienso yo. Vaya que está más “apajolao” que un gorrión arrecío. Ese día, le presentó a su hija mayor, Chari. Desde entonces, los vemos pasear muchas tardes por el camino de la estación.

-La “señá” Paca quiere encasquetarle la muchacha al maestro nuevo -dijo mi padre.

Y el padre de “Rompehigos”:

-Que no hombre, que no. Que este don Felipe, lo que necesita, de verdad, es una buena noche de putas, a ver si se espabila y se hace un hombre de una vez. Lo otro ya vendrá...

Lo de “encasquetar” no era difícil de entender, porque fuimos a buscarlo en el diccionario y decía que era “encajar bien en la cabeza un gorro o sombrero”.

-Eso será porque, como van por las tardes a pasear por el camino de la estación, se deben poner un gorro para que no les dé mucho el Sol -dijo el “Botija”.

-Bueno. Ahora buscamos “puta” -propuse yo.

Buscamos “puta” en el diccionario... y eso le costó una zurra a Perico “Vinos”. Que yo no sé por qué, la verdad. Resulta que vamos al diccionario y pone: “Ramera”.

-Bueno ¿y que es “ramera”? -preguntó Perico.

-Vaya usted a saber.

Buscamos “ramera” y ponía: “Mujer pública”.

-Ah, bueno, eso será la mujer del alcalde -presumí yo-. Don Francisco, el maestro, dice, cuando explica lo de las autoridades públicas, que el alcalde es un hombre público. Entonces su mujer será una mujer pública, o sea: una puta.

-Y la mujer del sargento de la Guardia Civil -remachó el “Botija”-. Que ese también es una autoridad pública.

Aquella noche, el “Botija” le preguntó a su padre.

-Papá, ¿la mujer del sargento es puta?

Y va éste y le dice:

-Sí, hijo, sí. Y el sargento, un hijo de la grandísima puta.

-¿Veis? -dije yo al día siguiente- la mujer de un hombre público es también una mujer pública.

Perico, que no se fiaba de nosotros, le preguntó aquella noche a su madre:

-Mamá, si don Felipe se va una noche a casa del alcalde, como su mujer es una puta, entonces don Felipe se hace un hombre de verdad...

Y ya está, ¡pum! La zapatilla que se escapó... Pues no lo entiendo.

-¿Quién le habrá dicho a los niños tanto disparate? -preguntó la madre de Perico después de la zurra...

-Es que dice el padre de “Rompehigos” que don Felipe necesita una buena noche de putas para hacerse un hombre –respondió medio llorando Perico.

-Los padres, peor que los niños... Así tenéis la fama que tenéis en todo el pueblo... ¡Qué vergüenza!

El domingo siguiente, cuando estábamos jugando en la bodega, llegó don Pedro, el padre de Perico “Vinos”. Nos llamó, y con una cara de guasa que no podía disimular, nos preguntó:

-A vosotros os gustan los secretos, ¿verdad?

-¡Sí! –gritamos todos a una.

-Pues os voy a confesar uno. Mirad niños, a ver si os enteráis de que las verdades ofenden. ¿Qué sabréis vosotros de las cosas que pasan entre el Gobernador, el alcalde y su mujer?

-La mujer del Sargento de la Guardia Civil también es puta, ¿verdad? -pregunté yo.

-Pero... ¿quien ha dicho eso?

-El padre del Botija –contesté.

-Estos comunistas... Los muy puñeteros se las buscan ellos solos. Bueno, más vale no decir en voz alta eso de que la señora del alcalde es puta. Y de la señora sargenta... menos todavía. Ese será nuestro secreto. Y ahora, ale, a jugar. Y nos dio una botellita de mosto sin alcohol para sellar el secreto.

Luego, cuando buscamos en el diccionario las demás picardías, tampoco entendimos lo que querían decir. También guardamos el secreto. Se lo preguntaríamos a Manuel, el primo del “Botija”, que ese sí que sabe...

Cosa de niñas

VIII

Aunque a Perico ya le han quitado la escayola, todavía anda cojeando. Nosotros lo recogemos en su casa todas las mañanas para irnos juntos a la escuela. Como la escuela de las niñas está al lado de la de don Francisco, la hermana chica de Perico, Mati, y su amiga Lucía, se vienen con nosotros también. Pero son unas mandonas: siempre quieren que hagamos lo que ellas dicen. -Estamos ya más hartos de niñas...

Encima, la madre de Perico nos dice cada dos por tres:

-Con lo cafres que sois, os viene bien que las niñas jueguen con vosotros. A ver si os desbravan un poquito...

Pero me parece a mí que esas no van a querer salir mucho con nosotros. Mati tiene una muñeca con su ropita para cambiarla y muchos cacharros para jugar a las casitas. Cuando estamos en la bodega jugando al escondite, ella, como no sabe subirse por los barriles para esconderse, se pone a jugar con Lucía a las muñecas: les cambian la ropa, les dan de comer, juegan a cocinar y limpiar... Nosotros, cuando se descuidan, les echamos vino desde lo alto de los barriles en los vestiditos.

-¡Lucía, tu muñeca se ha meado encima! –dijo un día el “Pulga” saltando de barril en barril.

Porque el “Pulga”, creo que ya lo dije por aquí, es ágil como un mono. Y eso que pasa más hambre que el maestro...

-¡Que no, que se ha emborrachado! Mira cómo huele a vino -gritó Perico “Vinos”.

Y se enfadaron.

-¡Os vais a enterar! A mamá vais a ir, ea -amenazó Mati.

Este sábado se enfadaron también porque querían beber vino como los hombres. Y Perico dijo que no, que las mujeres no beben nada más que gaseosa y que si quieren beber gaseosa que se vayan a la fábrica de Lucía.

-Ea. Que el vino es cosa de hombres. Las mujeres no bebéis vino delante de mí –sentenció Perico.

Tanto se enfadaron que yo me hice el bueno con ellas y llamé aparte de Perico. Estuvimos hablando en voz baja, y luego Perico, con cara de guasa, les dijo:

-Bueno, os vamos a dejar que bebáis un poquito de vino. Pero una vez nada más ¿eh?

Y Le dimos un vaso de vinagre a cada una.

-Venga, os lo tenéis que beber de un trago, las dos al mismo tiempo. Como los hombres de verdad. A la de una, a la de dos... y a la de tres...

Anda que se pusieron los vestidos... A mí me parece que

vomitaron hasta las tripas...

-¡Ahora si que vais a mamá!

Echaron a correr, se fueron a casa de Perico, y le contaron todo a su madre. Por la tarde no nos dejaron ir al cine, ni su madre ni la mía. Menos mal que ponían “El Diario de Ana Frank”. Dice mi hermano que como es un drama de esos de llorar, no nos perdimos gran cosa... Pues encima van las tontas otro día y dicen:

-¡Qué bonita es...! ¡Hemos llorado más...!

Y empezaron a contarnos la película. Lloraban más que la “Pitraca” en Viernes Santo, que ya es llorar... Yo no sé bien por qué, pero cuando jugamos a pídola no quieren jugar con nosotros. Por eso, si queremos que nos dejen tranquilos, les decimos que vamos a jugar a pídola.

La madre de Lucía fue a mi casa de visita el otro día. Y estuvieron hablando de lo malos que somos los niños. Como yo sabía que iban a hablar de nosotros, dije que me iba a jugar a mi habitación y, entonces, me puse a escuchar detrás de la puerta.

-Desde luego, esos juegos violentos de tanto salto, no son de niñas. En uno de ellos se les puede romper el virgo y... –dijo la madre de Lucía.

-Claro, mujer. Además, es que estos niños son tan inquietos...

-Y cuando les riñes por sus travesuras, enseguida salen los abuelos que si ya no os acordáis de cuando vosotras, que si cosas de niños... Una lucha continua, hija...

Que los abuelos se ponen de nuestra parte, lo sabía desde que empecé a andar. Pero lo del virgo ese, ni idea.

-¿Y qué es el virgo? -preguntó Perico cuando se lo conté.

Yo qué sé –contesté-. ¿Se lo preguntamos a Lucía?

Cuando este sábado último fuimos a la bodega a darle de comer a los ratones y a jugar, nos tuvimos que llevar a Mati y a Lucía con nosotros.

-Anda, que bastante lata nos dais todos los días. Todos a jugar a la bodega –ordenó la madre de Perico-. Y cuidadito con las burradas de los niños -advirtió a las niñas.

Como si nosotros fuéramos vándalos de esos que dice el maestro cuando nos ataca con la lista de los reyes godos.

El “Pilili”, que es el que mejor se lleva con las niñas, viendo que estaban aparte jugando a la comba, fue y les preguntó:

-Oye, Lucía, ¿qué es el virgo?

-No sé, mi madre dice que es una cosa que tenemos en el toto – dijo Lucía.

-¿Y cuando saltáis a la comba no se os rompe el virgo?

-No sé. Mi madre dice que no juguemos a subirnos a los barriles de vino, ni a pídola, pero de la comba no dice nada...

-¿Nos enseñáis el virgo que lo veamos?

-Es que nosotras no sabemos dónde está.

-Bueno, nosotros miramos a ver si lo vemos.

Lucía y Mati se miraron sin saber qué hacer pero el “Pilili” se puso en plan duro. Porque el “Pilili” dice que verle el toto a las niñas es de machotes y como él no es maricón, que el maricón es su tío...

-Si queréis seguir jugando con nosotros, nos lo tenéis que enseñar -dijo mientras se las daba de machote y miraba de reojo al “Pulga” y al “Botija”, que son los que más se meten con su tío...

Lucía y Mati se subieron el vestido y nos enseñaron el toto. Es igual que el de mi primita recién nacida. Pero nosotros no vimos ni el virgo ese ni nada. Así que nos quedamos sin saber lo que es.

-Eso será que se os ha roto saltando a la comba -respondí.

Y seguimos jugando. Pero luego, cuando la madre de Perico se enteró de que les vimos eso a las niñas, nos volvieron a castigar. Ya veis, que, si no fuera por don Ramón, el cura, a nosotros eso del toto ni nos va ni nos viene, pero como un día, hablando del infierno, el cura nos dijo que desear la mujer del prójimo es un pecado muy gordo.

Y mientras fuera eso, vale, pero cuando dijo que las niñas eran como la mujer del prójimo, y que verles eso era también “desear la mujer del prójimo” nos dieron unas ganas de vérselo... Y al final, nada, que si eso es pecado, vaya tontería de pecado. Porque todavía, lo de comer jamón el viernes santo... Eso sí que nos gusta pero lo del toto...

La misa

IX

A todo esto, el “Meapilas” y Rubén siguen empeñados en venir a la bodega de Perico. Y nosotros, que no. Que, como no son de la pandilla, no entran. Tanto es así que la otra tarde, cuando salíamos de mi casa, dijo Rubén:

-Oye, si nos dejáis ir a la bodega, me llevo mi balón y jugamos con él.

Perico cogió el balón, lo miró, le dio un par de botes y nos miró guiñando un ojo.

-Bueno, vamos a hablarlo. Ya veremos. Pero, como la bodega es mía, el árbitro lo pongo yo.

-El domingo, en misa, os contestamos –terminé yo-. Porque a lo mejor vamos al Cerro de la Oreja a pelear con los de Alamillo.

“Rompehigos” dice que como el “Meapilas” es tan borracho como su padre, lo que quiere es hartarse de vino de “gañote”.

-Bueno. A lo mejor se harta de vino, pero lo va a pagar, y bien pagado -respondió Perico.

Cuando le he dicho a mi madre que vamos a hacernos amigos de Rubén y del “Meapilas” (bueno, de Cirilo), se ha puesto muy contenta.

-Cirilo y Rubén son muy buenos niños -dijo.

Digo yo que será porque como siempre están en la iglesia... A mí me parece que nunca han ido al Cerro de pelea con los de Alamillo. Vaya que saben tirar piedras porque se tienen que defender de nosotros en el parque que si no... Esta mañana, cuando íbamos a misa, le dice el “Botija” al “Meapilas”:

-Si hoy no nos miras en la misa. Te dejamos que vengas al Cerro de la Oreja, y luego por la tarde vamos a jugar a casa de Perico.

Se me debió de poner una cara tan rara cuando oí al “Botija”... El “Pulga” me miró como si tuviese muñecos pintados en la cara.

-¿El “Botija” va a venir hoy a misa? -le pregunté.

-Mira lo que tiene escondido en los bolsillos -me respondió.

El “Botija” siempre tiene los bolsillos llenos de cosas: el tirachinas,

una pistolita de agua, escudos del Real Madrid y de las provincias de España... y unos cuantos cachivaches que vaya usted a saber para qué los quiere. Antes de entrar en la iglesia empezó a repartir lo que traía en los bolsillos: un muñeco de papel, otro muñeco más chiquito, una etiqueta de salchichón, alfileres, una tiza... Pero lo más raro, para mí, era eso de que el “Meapilas” no nos mirara.

Hasta don Francisco se quedó extrañado de que el “Botija” no se escapara al llegar a la esquina de siempre. Se acercó a él en la puerta de la iglesia y se quedó mirándolo como quien mira a un mirlo blanco. Que dice mi padre que no lo ha visto nunca, el mirlo blanco, digo. Así será de difícil ver un mirlo de esos, no lo ha visto ni mi padre... El “Botija” puso una cara de beato tan grande, que parecía el “Meapilas” padre en un entierro.

-Vaya, parece que lo que no consigue el maestro lo consiguen los amigos. ¿No? -le preguntó don Francisco.

-Si... -contestó el “Botija”, extrañado de que, esta vez, ni el maestro se imaginara lo que podía pasar...

El maestro pensará que porque llevemos saliendo dos días con Rubén y el “Meapilas” nos vamos a convertir en niños buenos... Claro que como fue don Francisco el que, hablando de las malas compañías, nos explicó eso de que una manzana podrida pudre un saco, a lo mejor pensó que también podía pasar al contrario...

Fue cuando nos leyó aquel ejemplo de la Enciclopedia: “Perico atormenta un pájaro teniéndolo atado de una pata, también tiene grillos prisioneros en una jaulita que ha construido con corcho y agujas. Perico, con estas cosas, da prueba de crueldad para con los animales”. Que digo yo que cómo se enteraría el señor que escribió el libro de lo que hace Perico... Además, que si nos enseñan a hacer jaulitas de corcho y palitos, para algo será...

-Y los niños malos, como los de este ejemplo –terminó don Francisco-, son las manzanas podridas que pudren un saco. Por eso debéis evitarlos...

Nosotros somos como las manzanas podridas... Por lo menos eso dijo don José cuando nos castigó un partido sin jugar.

-Es que muchas veces sois un mal ejemplo... Sólo se os ocurren travesuras. Sois como la fruta podrida.

Esto fue el jueves por la tarde, cuando nos llevó de paseo al camino de la estación a los niños de don Francisco y don Felipe y a las niñas de la escuela de doña Asunción. Iban Lucía y dos amigas cogiendo margaritas para hacer un ramo de flores y el “Rubio”, señalando unas ortigas, les dijo:

-Coged esas hierbas tan bonitas y las ponéis con las margaritas para que se vea mejor el color de las flores.

Ellas las cogieron. Se le pusieron las manos más hinchadas... Y nos echaron las culpas a nosotros, las muy chivatas...

Bueno, a lo que iba contando. La de hoy ha sido la misa más tranquila que hemos oído nunca. Ni una palabra se oyó: silencio absoluto durante toda la misa. Hasta don José se volvía a mirarnos extrañado de lo calladitos que estábamos. Eso sí, una mano iba de un lado a otro para coger lo que te iban pasando. Tú, se lo dabas al “Botija”... Pero todo en silencio y sin molestar.

Al salir de misa, caminábamos todos en procesión detrás de don Felipe. Un monigote pegado con masa de pan y saliva en el hombro, una etiqueta de salchichón colgada en medio de la espalda, otro muñeco cogido con un alfiler de la chaqueta... La “Petro” se puso a gritar como si el demonio estuviera a su lado. Ya ves, que yo creo que el demonio no se acerca a ella porque le da susto de lo fea que es.

Don Francisco se acercó al oír los gritos... Los niños de mi pandilla huimos en desbandada general por las esquinas de la plaza antes de que la tragedia, que dicen que es una cosa muy grande, se desatara en medio del pueblo. Que era mejor caer cautivos y desarmados, como el ejército rojo, ante el “Tacatá” y sus paisanos que volver al pueblo a dar la cara ante don Francisco y los demás.

-De esta no hay quien os libre -dijo Manuel, el primo del “Botija”, que nos estaba esperando en las Cuatro Esquinas-. Eso no lo he hecho ni yo...

Y era verdad. Pero claro, como don Felipe es de Falange, lo menos que nos esperábamos es que entre el padre del “Botija” y el del

“Pulga” nos echaran una mano por hacerle una de las nuestras. Pero sí, sí... Está visto que un maestro es un maestro. Y un maestro es como el toto de Mati: intocable.

La penitencia (cada uno con la suya)

X

Ni cuento el jaleo que se formó casa por casa. Si tengo que decir la verdad, en todas pasó lo mismo, hasta en la del “Botija”. Que digo yo que cuando el día del Domund nos tiramos todo el día dando vueltas para coger cincuenta pesetas, todos se quedan tan calladitos. Y encima tenemos que poner dinero de nuestro bolsillo porque si no lo hacemos vamos al infierno. Ese día nadie viene a decirnos que somos muy buenos y que tenemos muy buen corazón... Nada de nada.

-¡El grupo de Cirilo ha sido el campeón!

Se limita a comentar don José. Como si no supiéramos que las beatas les echan la limosna del Domund siempre a ellos. Claro, como el “Meapilas” está eternamente metido en la iglesia con su padre...

-Pues él también comete pecados, que yo le vi la semana pasada dos calendarios de bolsillo con fotos de mujeres en bañador –nos dijo el otro día el “Pulga”-. Y eso dicen que también es pecado...

-Bueno, vale, pero como mi padre dice que los pecados o están muy buenos o engordan... -contestó el “Botija”.

-Menos los que se cometen por la noche, que esos debilitan hasta el cerebro... -respondió el “Pulga” mirando a Perico.

Y todo porque le pusimos tres cositas en la espalda a don Felipe. Ni el “Botija” se libró. Bueno, ese peor, porque su padre le dio por los dos lados.

-¡Faltarle al respeto a un maestro! -decía mientras le daba tres cintazos...

-Papá, si es que don Felipe es de Falange... -trató de justificarse el “Botija”.

-¡Es un maestro, y basta! -Contestó su padre-. Y encima, te metes a misa, a oír los “parpajos” del cura, que siempre está de parte de los ricos...

-Si es que... -intentó responder el “Botija”.

-Si tuviéramos República, no pasaban estas cosas. ¡Esos sí que eran maestros!

Hasta don Francisco se puso de parte de don Felipe. Nos ha tenido toda la semana castigados sin recreo, y tuvimos que copiar cincuenta veces las Obras de Misericordia. Encima, nos llevó en fila a la escuela de don Felipe a pedirle perdón delante del “Meapilas”, Rubén y de todos los demás. Como si Rubén y el “Meapilas” no hubiesen estado metidos en el jaleo.

-Eso no se lo perdonamos a don Francisco -comentó el “Rubio”.

-Bien mirado, a mí me parece que lo hizo para que nuestros padres no nos castigaran más -le respondí-. Porque la cara de guasa de don Francisco...

-A mí me hacéis eso y...

-Don Francisco, es que usted es nuestro maestro. -le respondió el “Pulga”, en plan pelota.

El caso es que, tal y como se pusieron las cosas, para huir de la quema que se formó al salir de misa con lo de los muñecos, nos largamos todos al Cerro de la Oreja. Con el jaleo, los de Alamillo habían llegado antes que nosotros y estaban ya atrincherados en lo alto del Cerro. Habían reunido un montón de piedras más grande... Ni que fuésemos a atacar todos los niños de Villa Bermeja. El “Meapilas” y Rubén, como también estaban metidos en lo de don Felipe, se vinieron con nosotros. Entonces, el “Botija” miró a los dos y les dijo:

-“Meapilas”, mama hostias, si queréis ser de la pandilla y venir a la bodega de Perico, tenéis que ser la vanguardia de nuestro ejército.

-Y ¿qué tenemos que hacer?

-Pues ir los primeros. ¡Mira este! -dijo el “Botija”.

Dicho y hecho. El “Botija” hizo que nos quedáramos todos rezagados. Entre que no tenían ni puñetera idea de cómo atacar porque nunca habían ido al Cerro de la Oreja, y que los otros tenían

unas ganas de pelea enormes, se liaron con los dos a tope. Rubén y el “Meapilas”, en cuanto vieron lo que se les vino encima de pedradas, echaron a correr para el pueblo que se les perdía el culo...

-¡Volved, cobardes de mierda! –gritaba el “Botija” muerto de risa.

Luisillo el “Tacatá”, que es más listo que el hambre, saltó desde lo alto de la torre y comenzó a gritar.

-¡Eh, “Botija”! ¡Me voy a cagar en tus muertos! Esos no eran de la guerra. Vaya mierda de reclutas que habéis traído.

-Luego te lo cuento -respondió el “Botija” que tenía más ganas de jugar al fútbol que de pelear-. ¿Echamos hoy un partido? Perico ya está casi bueno de la pierna...

-Ah, bueno. Entonces hoy no hay pelea -Aceptó el “Tacatá”.

-Pero porque Perico está todavía malo... -remachó el “Tranquilo”, que también es de Alamillo.

El “Tranquilo”, que es primo del “Pulga”, dijo que ya era hora de que apareciéramos por el Cerro de la Oreja.

-Estabais cagados, ¿eh?

-Y tu puta madre... -respondió el “Botija”.

Menos mal que se lo dijo al “Tranquilo”, que es como su padre. Mi abuelo dice que el “Tranquilo” -el padre- es más perro que la chaqueta de un guarda, y que por eso le dicen el “Tranquilo”. El “Tranquilo” padre es de Villa Bermeja, y es tan grande que cuando viene al pueblo en la borrica le van arrastrando los pies por el suelo. Vive en Alamillo porque se casó con una de Allí.

-“Tranquilo”, hijo, ¿por qué no te echas tú encima al animal, leche? –Le dice “Rompehigos” cuando lo ve entrar en el pueblo haciendo más bulto que la burra.

Y ni se enfada ni nada. El padre de “Rompehigos” dice que, cuando era mozo, hubo una riada que pilló al “Tranquilo” trabajando en la huerta. Como vio que no podía salir de allí, cogió tan pancho un par de sandías, llenó una cesta de tomates y se subió a lo alto del tejado. Allí se quedó comiendo sandía y tomates un día entero.

-Tranquila, madre, que todavía me quedan tomates - gritaba mientras ésta, viendo a su hijo desde lejos, lloraba más que Jeremías,

que, por lo que dice el cura, pasó a la historia por llorón. Por eso le pusieron el mote de “Tranquilo”.

Cuando el “Tranquilo” se casó, como se casó en Alamillo, le dieron una cencerrada de las que hacen época. La noche de bodas los del pueblo le tapiaron la ventana. Dicen que, como no entraba luz, se tiró un día entero sin salir del dormitorio creyendo que era de noche. Pues tampoco se enfadó. Eso se lo oí a mi padre, que era amigo suyo, un día que el “Tranquilo” vino a mi casa con dos amigos de Alamillo. Y se partían de risa comentándolo entre ellos:

-Como para repetir estamos ahora... -dijo, entre risas, el “Tranquilo”.

Quien la hace la paga

XI

La Magdalena es la madre del “Meapilas”. Bueno, ella no es La Magdalena, ella es la “Pitraca”, pero, en Semana Santa, hace de Magdalena. Dice mi padre que como el sacristán se lo gasta todo en vino, sólo comen pan y cebolla, y que por eso llora tan bien.

-Eso no es verdad –le contesté un día-, porque el sacristán, en Navidades, se queda con casi todo lo que le regalan a don Juan el cura: ristras de chorizos, morcilla, tocino...

-Claro, el cura come menos que un pichi –respondió mi padre-, y como es tan bueno...

A lo que estaba escribiendo. Que como Rubén y el “Meapilas” salieron huyendo, se suspendió la pelea en el Cerro de la Oreja, y jugamos un partido de fútbol. Que jugar, lo que se dice jugar, allí jugamos como si fuera un campo de fútbol de verdad. Hasta hierba hay en primavera -como en el campo del Real Madrid-... Lo malo es cuando el balón sale fuera porque, como se vaya para la parte de Villa Bermeja, no veas el lote de correr cuesta abajo que nos tenemos que dar para cogerlo.

Después del partido, cuando llegamos al pueblo, para qué voy a contar lo que pasó. Al final, ni fuimos a jugar a casa de Perico por la tarde ni nada. En cuanto llegamos a las cuatro esquinas, nos cruzamos con “Bastián” el municipal. Y nos miró con una cara de satisfacción...

-Esta vez las pagáis todas juntas -nos dijo.

Como si nosotros le debiéramos algo. Ya ves. Hasta el “Meapilas” reconoce que eso de castigarnos una semana sin recreo y encima tener que pedir perdón a don Felipe delante de toda su escuela era una putada.

-Nada más que por eso -dijo el “Rubio”-, el sábado convidamos al “Meapilas” a que venga a la bodega a jugar. ¿Vale?

Bueno, por eso y porque, con la excusa del partido, el “Rubio” merendaba seguro el sábado, claro.

Hasta el viernes por la tarde no pudimos hablar del tema. Porque como, encima, nuestros padres se han puesto de parte de los maestros... ni a los mandados nos han dejado salir. Quedamos en que el sábado íbamos a jugar a la bodega de Perico “Vinos”. Como habíamos acordado, convidamos a venirse a jugar al “Meapilas” y a Rubén.

Entonces me acordé del día que robé los limones en casa de la “Petro”. Entre eso y que Perico, como dice su padre, es más malo que un dolor, no se iban a ir de rositas. Hasta ahí podíamos llegar. Después de echarle de comer a los ratones, Rubén y el “Meapilas” querían liarse ya con la pajita a beber vino.

-Sí, hombre –dijo Perico-. Si toda la bodega de mi padre os la vais a beber entre los “Rompehigos” y los “Meapilas”...

-¡Eh, tú! Que yo no he dicho nada todavía de la pajita -saltó “Rompehigos”.

-Bueno, venga, vamos a echar un partido –corté yo, que estaba deseando vengarme del “Meapilas”.

Vaya que no se me olvidaba a mí tan fácilmente el susto que me dio el perro.

-El balón lo tuvo que poner Rubén. Lo prometido es deuda -le dije

muy serio.

Perico, que ya se había puesto de acuerdo conmigo, dijo que el “Meapilas” tenía que jugar de portero y yo, en el equipo contrario. Total que el primer balón que me vino lo cogí con tantas ganas que el “Meapilas” no pudo ni poner las manos: le pegué en la barriga con todas mis fuerzas y se cayó al suelo del balonazo. Al siguiente balón, viéndolas venir, se apartó y le marqué un golazo... Como el balón entró por la puerta de la bodega, que era la portería, el “Meapilas” se metió dentro. estuvo un rato buscando el balón. Primero no nos extrañamos. Lo malo fue que siempre que le chutaban, le marcaban gol, y cada vez tardaba más tiempo en encontrar el balón.

Cuando iban ya tres o cuatro goles, lo notábamos más colorado... Cuatro goles después, salió ya con la lengua estropajosa, pero no se quería quitar de portero.

-¡Que te quites! –le gritaba Rubén.

Y él:

-¡Que no me quito! ¡Que ya no me marcan más goles, ea!

Y al momento, toma, otro gol. La última vez que entró por el balón, Perico, que ya estaba escamado, se coló en la bodega detrás de él.

-¡Cabrón! ¡Me cago en tus muertos! – lo oímos gritar.

Entramos todos corriendo dentro de la bodega. Pillamos al “Meapilas” en lo alto de un tonel, con la venencia llenita de vino, dale que te pego.

-¡Joder, cómo te pones! Para dos tientos que le he dado...

-¿Dos? Anda ya. Si estás más borracho que tu padre -respondió Perico.

Total, que tuvimos que dejar el partido. El “Meapilas” se hartó de vino, pero yo, por fin me vengué de lo del perro. Entre eso y lo de los ratones, me conformé.

Ay, que se me olvidaba lo de los ratones. Cirilo tenía que ayudar a misa, y cuando se iba, como es tan despistado y no se da cuenta de nada, le metimos dos ratones en la bolsa donde llevaba la sotana y el roquete.

-Como se escapen la sacristía... -dijo el “Botija”-. Hasta me dan

ganas de ir a misa otra vez...

Pero no se atrevió. Y los demás, tampoco. Con lo de la misa del domingo pasado teníamos bastante. Ya nos enteraríamos de lo que había pasado con los ratones.

-Con las juntañas del “Botija” vais a acabar todos convertidos en comunistas, republicanos y ateos... –nos advierte mi madre muchas veces.

Y eso debe ser malísimo, porque Manuel dice que los comunistas no pueden ser del Frente de Juventudes ni jugar al ping pong en la sede de Falange.

El caso es que, como no queríamos quedarnos sin saber lo que pasaba con los ratones, nos quedamos a jugar en la puerta de la iglesia con Manuel, el primo del “Botija”. Cuando llegó “Bastián” el Municipal a reñirnos porque se oía todo el jaleo dentro de la iglesia, se quedó mirando a Manuel. Entonces, se hizo el tonto y no dijo nada, ¿se acordaría de cuando le quiso quitar el balón? Al cabo de un rato, la “Petro” salió de misa toda escandalizada. Nada más vernos, se acercó:

-¿Vosotros habéis estado en misa?

-No. ¿Por qué? -preguntó el Botija con cara inocente.

-Pobrecitos -dijo la “Petro”-. Por una vez que maté un gato me pusieron matagatos.

-Eso es culpa de don José, con la cosa de los niños y el fútbol, mete en la iglesia hasta a los hijos de los comunistas -comentó la “Pitraca”-. ¡Qué vergüenza! ¡Ratones en la iglesia!

La “Petro” me parece que es algo tontorrón porque si no... ¿A cuento de qué estábamos nosotros jugando allí? Ni que fuera don Francisco. Que ese sí que sabe aunque se haga el tonto de vez en cuando.

-Anda que tu hijo... habrá que ver lo que está aprendiendo de éstos -respondió la “Petro señalándonos a nosotros-. Porque es lo que dice la señora del boticario. Entre el borracho de tu marido y el sinvergüenza de tu hijo...

Total, que la bronca se la repartieron los “Meapilas”. Mi venganza

estaba cumplida: quien la hace la paga.

Jugando al escondite

XII

Lo de don Felipe se olvidó pronto. Yo creo que, menos la hermana de Rubén y su madre, todo el pueblo se contaba la historia entre bromas y risas.

-Al fin y al cabo -le dijo don Francisco a mi padre después de enterarse del repaso de zapatilla que recibí-, son cosas de niños.

-En el fondo sólo tienen pocos años y muchas energías -remachó mi padre.

Que digo yo que se podían haber acordado de eso el mismo domingo al salir de misa.

Este domingo, como hacía buen tiempo, nos fuimos todos al Cerro de la Oreja de pedrea con los de Alamillo. Lo normal: solamente Luisillo el “Tacatá” se llevó un piquete en la cabeza de una pedrada que le dio el “Pulga”, que ese tiene una puntería... Y eso que dijo que apuntó alto, para no darle. Pero yo creo que le dio con toda su idea, como si Luisillo tuviese culpa de lo de Perico...

-¡Joder! ¡Tío que me has apañado bien la cabeza! -gritó Luisillo apretándose el piquete con un puñado de hierbas y una perra gorda para que no le saliese un chichón muy grande.

-¡Si jugamos a las pedreas, jugamos a las pedreas, leche! -trató de justificarse el “Pulga”.

Pero como la sangre se le cortó en un momento, no tuvo que irse a su pueblo ni nada. Y aprovechamos la paz para jugar otro partido de

fútbol. Que desde que pasó lo de la pierna de Perico, hemos acordado llevarnos siempre un balón, por si nos pilla algún padre decirle que vamos a jugar al fútbol. Un domingo lo llevan los de Alamillo y otro los de Villa Bermeja, claro.

El “Pulga”, que estaba deseando comer un día dos o tres veces, en cuanto comenzamos a bajar del Cerro camino del pueblo, se fue para Perico “Vinos”:

-Oye, Perico, ¿te ha gustado la pedrada que le di al “Tacatá”?

-¿Ves cómo querías darle de verdad? -dije yo.

-Bueno, lo hecho, hecho está -cortó Perico que, en el fondo, estaba de acuerdo con la pedrada. Vaya que él no le tiró a dar porque no pudo.

El “Rubio”, que de tanto sol estaba más negro que de costumbre, no perdió la oportunidad de ponerse de parte de Perico. Ya se relamía pensando en la merienda que nos iba a dar su madre esa tarde.

-Es que si nos acobardamos, van a pensar los alamilleños que son más valientes que nosotros. Encima de que hoy nos han ganado al fútbol, por lo menos que se lleven un descalabrado.

-Vosotros, ni sois comunistas ni nada -saltó el “Botija” que tenía ganas de bronca-. Siempre os ponéis de parte de los ricos.

-Pues anda que Luisillo el “Tacatá” no es rico ni nada -defendió Perico al “Pulga” y al “Rubio”-. Tiene fincas en los dos pueblos.

El lunes, en la escuela, Perico le dio su queso al “Pulga”, y la leche se la dejó al “Rubio”.

-Este, con tal de que no le quitemos las fincas cuando ganemos los comunistas, es capaz de quedarse con hambre -comentó, el “Botija”, que llevaba varios días con ganas de pelea con un rico desde la paliza que le dio su padre por lo de don Felipe.

Y se llevó doble ración. Por provocar. Primero fue Perico quien le dio un puñetazo en la nariz. Y claro, cuando se puso a sangrar se dio cuenta don Francisco, que como esas cosas no las perdona, ale, palmetazo a los dos y de rodillas, hasta la hora de salir...

-Justicia distributiva -dijo don Francisco- cuando uno pega, dos cobran...

-¿A que esta tarde no vienes a mi casa a jugar? -le dijo Perico en voz baja cuando el maestro no los veía.

-Bueno, pues a ti te quitamos también la bodega cuando ganemos los comunistas...

Al final, cuando quedaba poco para salir de la escuela, don Francisco se acercó a los dos, los despeinó pasándoles la mano por la cabeza mientras sonreía entre dientes y comentó:

-Estos niños... Anda, sentaos y que no vuelva a pasar.

Al salir, nos fuimos por ellos y firmaron las paces. Así que, por la tarde, todos a jugar a la bodega. Perico invitó al “Meapilas” cuando nos lo cruzamos por la calle, al salir de la escuela. Cuando el encargado de la bodega nos vio entrar se puso más nervioso... Yo no sé por qué, la verdad. Porque cuando nos ponemos a jugar, la gente que hay allí trabajando se ríen con nuestras cosas, y lo pasan la mar de bien. Esa tarde estuvimos jugando al escondite, pero nadie se atrevió a meterle la pajita a los toneles de vino: había visita peligrosa en la bodega.

-“Rompehigos”, tu padre está en la oficina con mi tío -dijo Perico...

Y claro, entre que el tío de Perico no se le parece a su padre y que estaba allí “Rompehigos” padre, nos pusimos a jugar en serio. A pesar de todo, también nos llevamos la bronca. Esta vez fue porque a la hora de escondernos, el “Meapilas”, que es muy despistado, se equivocó de escondite. Bueno, lo que pasa es que el “Botija” busca los sitios más difíciles y no hay forma de encontrarlo nunca. Pero algo había que decir para escaparse de la quema.

-“Botija” ¿tú dónde te escondes? -le preguntó el “Meapilas”.

-¿Quieres esconderte conmigo donde no te pillen? -fue la respuesta del “Botija”.

Yo me quedé algo escamadillo ante la amabilidad del “Botija” con el “Meapilas”. Hablando en plata, que no me cuadraba mucho aquello. Era como el libro ese que nos lee don Francisco de don Pepone y don Camilo: un cura y un comunista, pero en niños. Y me acerqué al “Botija”:

-¿Qué vas a hacer?

-Tú, calla -me respondió.

En un rincón que hay al final de una fila de toneles, el padre de Perico tiene una tinaja muy pringosa. Ninguno nos acercamos a ella cuando jugamos, porque, o te resbalas en la pringue que hay a su alrededor, o te manchas de aceite en cuanto la tocas.

Y no es por la manchas, que, al fin y al cabo, la bronca por llegar a casa llenos de barro, o manchados de verde de tanto arrastrarnos por los montes, es lo más corriente cada vez que nos juntamos. Pero es que se te quedan las manos más resbalosas...

Lo que no sabíamos (eso dijo el “Botija”), es que la tinaja está medio llena de aceite. Porque el padre de Perico le cambia a mi tío Pepe vino por aceite para todo el año. Así, ni mi tío tiene que comprar vino en la taberna ni la madre de Perico tiene que comprar aceite, claro.

El “Botija”, una vez que le tocó quedarse, le dijo al “Meapilas”:

-Por detrás de la tinaja hay una escalerilla te subes y te escondes dentro de la tinaja, que no voy a buscarte allí.

Claro que no fue a buscarlo, ni falta que hizo. En cuanto el “Meapilas” se metió en la tinaja, se oyó una voz como de fantasmas:

-¡Socorrooooo!

Hasta el “Rubio” se asustó.

-¡Joder! Si parece un fantasma...

-¿Dónde ha sido? -preguntó Perico todo nervioso.

El “Botija” se hizo el despistado.

-Yo no sé. A mí me tocaba quedarme. Estaba vuelto de espaldas y con los ojos tapados.

De nuevo, la voz del fantasma sonó entre llantos:

-¡Socorrooooo!

Entonces nos dimos cuenta de dónde venían los gritos. Pero como los fantasmas no lloran de esa manera, estaba claro: uno de nosotros se había caído en la tinaja. Todos echamos a correr hacia ella. Conforme llegábamos, nos íbamos resbalando, y entre los empujones de unos y los resbalones de todos, terminamos limpiando el aceite que había en el suelo alrededor de la tinaja.

-¡Tú, que me has dado una patada!

-¡A ver si te crees que yo no me he llevado nada!

-¡Mi piernaaaa!

-¡Hijo putaaa!

Total, que lo que tenía que pasar, pasó: con el jaleo que se formó, apareció el tío de Perico con “Rompehigos”. Quien más quien menos, ya estaba temblando de la que nos iba a caer encima.

Cosa de mayores

XIII

¡Sorpresa! Por un lado, “Rompehigos” soltó la risa cuando vio al “Meapilas”, asomando la cabeza, toda llena de aceite, agarrado al borde de la tinaja y sin poder sujetarse bien porque se le resbalaban las manos. Por el otro, el tío de Perico, que se la tenía guardada al “Meapilas” padre, también se puso a reír.

Todo se quedó un una bronca.

Manuel, el primo del “Botija” nos contó que el “Meapilas” le dijo una vez a don Juan, el cura, que había visto al tío de Perico entrar con “Rompehigos” en una casa mala. ¿Sería por eso?

-Niño –le dijo a Perico- vete a casa de éste y le dices a su madre que te dé ropa limpia, que se ha caído en un charco de la bodega y que está que da asco.

-Y tú, ponte en pelotas, y a esperar. ¡Estos niños...! –eso, “Rompehigos” al Meapilas”.

-Esto, que no salga de aquí. Que si tu madre se entera... Mira que es más delicada que un pavo chiquito y es capaz de tirar el aceite. Entonces sí que te llevas la paliza de tu vida.

Total, que al tío de Perico, lo que le importaba era que su cuñada no supiera que el “Meapilas” se había bañado en el aceite.

“Rompehigos” se nos quedó mirando con una cara...

-De tal palo, tal astilla –comentó mirando al “Meapilas-. De un padre borrico no querrás que nazca un lince...

-Un borrico... o un hijo de puta. ¿Qué más da? El caso es que donde las dan las toman -contestó el tío de Perico.

-¿Dónde las dan las toman? ¿Y eso qué es? –preguntó Perico a su tío.

-Cosas de mayores. En cuanto vengas con la ropa del “Meapilas”, ya os estáis largando todos de aquí. Y no os quiero ver en dos semanas. A ver si aprendéis. No salís de una cuando ya estáis metidos en otra.

Entre risas y cara de enfado -que, yo no sé por qué, las dos cosas se mezclaban en “Rompehigos” padre y Dionisio- se acabó el problema.

No sé si lo había contado ya. El tío de Perico se llama Dionisio. Bueno, se llama así, pero todo el pueblo le dice “Choto Loco”, porque dicen que está más loco que una cabra. Hasta la “Petro”, con lo beata que es, lo critica. Y eso que “Choto Loco” va a misa todos los domingos. Comulga y todo...

Cuando la “Pitraca” se vistió en Semana Santa con la ropa de La Magdalena el año pasado, como ya tenía el culo casi tan gordo como ahora, le dijo “Rompehigos” a Dionisio:

-Anda, “Choto Loco”, ahora lo tiene más gordo que cuando tú lo conociste.

Yo me creía que la “Pitraca” se llama así porque de chica era muy canija. Pero debía de ser por otra cosa. Así que cuando oí lo del culo, le pregunté a mi padre que por qué le dicen la “Pitraca”.

-¿Por qué va a ser, niño? Porque su madre era más agarrada que el rabo de una sartén, y su familia se alimentaba nada más que de pitracos. Como eran más baratos, así se gastaba menos dinero.

-¿Y lo de que “Choto Loco” conocía al culo de la “Pitraca”?

-¿Ya empezamos? –me dijo con una cara...

Vista la forma que tuvo mi padre de mirarme, preferí dejarlo para otra vez. Y cuando se lo pregunté a Perico, me dijo que debía ser

parecido a lo de puta, porque también se llevó una ración de zapatilla cuando se lo preguntó a su madre.

-Manuel, el primo del "Botija" seguro que lo sabe –dijo.

Así que un día, cuando estábamos jugando al fútbol, pasó la "Pitraca" camino de la tienda. "Rompehigos", el "Botija" y yo, nos acercamos a Manuel y le preguntamos por lo del culo de la "Pitraca". Nos dijo que él tampoco lo sabía pero que se lo preguntaría a su hermano, que como ya ha hecho la mili y todo, se entera de muchas cosas de los mayores.

El hermano de Manuel, que sí lo sabía, se lo contó a Manuel, y Manuel a nosotros:

-Es que la "Pitraca", cuando era chica, trabajó de criada en casa de los abuelos de Perico "Vinos" -dijo Manuel en voz muy baja, como si fuese un secreto-. Y como "Choto Loco" ya estaba más ido que una cabra, siempre andaba persiguiéndola. La "Pitraca", huyendo, echaba a correr y se escondía en la bodega para que "Choto Loco" no la pillara, pero a mí me parece que se escondía por otra cosa...

-¿Por qué? –preguntó el "Rubio".

-Pues porque dice mi hermano que "Choto Loco" se iba detrás de ella y que tardaban más en salir...

-Sigue. Sigue...

-Nada, que ella salía muy colorada. De tanto correr, decía. Y luego, "Choto Loco", se lo contaba todo al padre de éste –señaló a "Rompehigos"-. Y le decía que le tocaba el culo y el toto.

-¿Y por qué le tocaba el culo y el toto? –Preguntó el "Pilili".

-Mira éste –respondió el "Botija"-. No, si eres más marica que tu tío el sastre. Pues porque los hombres le tocan el culo a las mujeres.

-¿Pero eso no es pecado? –volvió el "Pilili" sobre lo mismo.

-Pues claro. Por eso hay que confesarse cuando uno le toca el culo a una niña. Igual que cuando tú te tocas en la pinga.

-¿Entonces a "Choto Loco" se le secó el cerebro por eso? –pregunté yo.

-Tú también pareces tonto –dijo Manuel.

-Eso son cuentos de los curas para que no nos toquemos ahí –

intervino el “Botija”.

-Si eso fuera cierto, el padre de éste –siguió Manuel, señalando a “Rompehigos”- y “Choto Loco” tendrían la cabeza más seca que el ojo de un tuerto. Porque cuando hicieron la mili en Sevilla, todas las tardes se iban a la Alameda de Hércules. Y antes de hacer la mili, dice mi hermano que siempre andaban detrás de las criadas de su casa. Me contó que en Semana Santa, en las procesiones, se ponían detrás de las muchachas y que, así, tocaron todos los culos del pueblo.

-Anda. Después nos riñen a nosotros por cualquier tontería - protestó “Rompehigos”-. Y ellos siempre cometiendo pecados.

Esta tarde, cuando estábamos jugando, pasó por la calle Chari, la hermana de Rubén, con su madre, la “Señá” Paca. Que yo no sé por qué esa familia no tiene “nombrajo” como las demás del pueblo. Yo creo que es porque como son forasteros y vinieron al pueblo no hace mucho, cuando al padre lo hicieron Jefe de Estación, todavía no ha dado tiempo. Bueno, pues la hermana se nos quedó mirando con una cara...

-¿Mi hermano está con vosotros? –preguntó.

-Me parece que está con el “Meapilas” en su casa –dijo alguien.

-Menos mal –respondió la madre-. Estos pueblos con los apodos... A saber cómo nos dirán a nosotras.

¿Para qué se le ocurrió a la “Señá” Paca decir eso? Manuel, el primo del “Botija”, que también se llama “Botija”, se quedó mirando a las dos muy pensativo...

-Oye, es verdad. Estas no tienen “nombrajo”.

-Pues mi padre dice que la “señá” Paca quiere encasquetarle la Chari a don Felipe el maestro. –le contesté yo.

-Anda. La “Encasquetá” –saltó el pulga como un resorte.

-¡”Encasquetá”! ¡”Encasquetá”! ¡”Encasquetá”! –salimos gritando todos detrás de ellas.

Cuando volvimos la esquina gritando, se volvieron las dos con una cara de cabreo que daba miedo. El caso es que se han quedado con la “Encasquetá” y a Rubén, también le decimos ya el “Encasquetao”.

Cuando Rubén se enteró, tuvo una pelea con el “Pulga”. Y claro, el

“Pulga” tiene razón. Si a él le dicen el “Pulga” y no se enfada, y el otro se llama el “Rubio”, y Perico, “Vinos”, y el otro... y el otro... ¿Por qué se va a enfadar él si le decimos el “Encasquetao”?

Pues se ha enfadado tanto que dice que su padre nos va a denunciar por tirar chinas desde el puente de la vía a la chimenea del tren, y por poner tapones de cerveza y latas en la vía para que las aplaste el tren cuando pasa...

-Con lo bien que se quedan para jugar a las chapas, como nos denuncie se va a enterar -amenacé.

-El caso es que se han quedado con los “Encasquetaos” -se conformó el “Pilili”.

El Movimiento

XIV

Para el Día de la Victoria, el maestro nos está enseñando “Montañas nevadas”, que digo yo que esa canción debería ser para el Día de los Caídos, que es en invierno. No quiero ni acordarme del frío que pasamos aquella mañana los que estuvimos de guardia en la Cruz de los Caídos. Pero cantar que las montañas están nevadas cuando el Sol pica como ahora...

El “Rubio” nos dijo el otro día que su padre no quiere que aprenda “Montañas nevadas”. Y lo malo es que le ordenó:

-¡Se lo dices a don Francisco!

-Sí. Cualquiera le dice al maestro que no quiere aprender “Montañas nevadas”...

-¡Pues eso es lo que hay! Y se acabó la conversación.

Que es lo que dice mi padre, que una cosa es predicar y otra, dar trigo:

“Dile al maestro”, “dile al maestro”... Sí, que se lo diga él...

Por un lado, dice don Francisco que las canciones patrióticas hay que sabérselas enteritas y cantarlas cuando llegue la ocasión. Y, por otro lado, el padre del “Rubio” dice que como oiga a su hijo cantar esas cosas de fascistas, le parte la cara.

-Entonces ¿qué quiere tu padre que cantes? –le pregunté.

El “Rubio” se puso a mirar de un lado a otro... Y no se atrevía a decir nada.

-Luego –susurró.

En recreo nos escondimos en un rincón: el “Rubio”, el “Botija” el “Pulga” y yo.

-Perico que no venga –dijo el “Rubio”.

-¿Por qué?

-Porque dice mi padre que como se entere algún ricachón, nos meten en la cárcel a todos, hasta a mi padre por enseñarme esa canción.

-Ah, bueno –contesté-. Pero luego, se la cantamos a Perico y le decimos que la hemos oído por la radio.

-Que te crees tú que esa canción la ponen por la radio.

Cuando estuvimos solos, se puso el “Rubio” a cantar:

“Si los curas y frailes supieran
la paliza que les van a dar,
subirían al coro cantando:
“¡Libertad, libertad, libertad!”
Si los Reyes de España supieran
lo poco que van a durar,
a la calle saldrían gritando:
“¡Libertad, libertad, libertad!”

-¡Anda! –saltó el “Botija”-. Esa canción dice mi padre que la cantan

los de izquierdas... La música se la he oído yo a mi padre, que la silba cuando se queda solo y mi madre va por los mandados...

-¿Te la sabes entera? –preguntó el “Pulga”.

-¿Y quiénes son los de izquierdas? –pregunté.

-Pareces tonto. Los de izquierdas son los republicanos –aclaró el “Rubio”.

-¿Y quienes son los republicanos? –insistí.

-Yo qué sé –contestó el “Rubio”.

-Bueno –me conformé-. Se lo preguntaremos a Manuel y a su hermano, el que ha hecho ya la mili, que ese sí que sabe.

-Cuando nos la sepamos entera, se la cantamos al “Meapilas”. ¿Vale? –propuso el “Rubio”.

Ya me relamía de gusto pensando en la cara que iba a poner el “Meapilas” cuando oyera lo de los curas y las monjas...

-Tú estás loco –saltó el “Botija”-. ¿Tú qué quieres? ¿Qué vayamos a la cárcel? Cantársela nada menos que a Perico, que es de derechas, y al Meapilas, que es clerical.

-Si nos la aprendemos, es para cantarla, ¿no? –intervine de nuevo.

-Ya sé, decimos que la hemos oído en “Radio Pirenaica” –comentó el “Botija”, que dice que su padre la escucha todas las noches, y como esa emisora es de izquierdas, seguro que ahí sí que la ponen.

-¡Mira éste! –dijo el “Pulga”-. Si dices que oyes esa radio también te meten en la cárcel.

-Pues vaya... –respondí-. ¿Es que en Villa Bermeja te van a meter en la cárcel por cantar?

-Bueno... aquí te meten en la cárcel hasta por dibujar una hoz y un martillo –contestó el “Rubio”.

-Sí hombre... –dije yo-. Pues yo he visto en la enciclopedia pintadas hoces y martillos y no pasa nada.

-Es que lo malo es cuando juntas las dos cosas...

-Ah, bueno. Como la hoz sirve para el campo y el martillo para la carpintería, ¿para qué quiere uno las dos cosas juntas?

Una vez que llegué a esa conclusión me quedé más satisfecho, y

no seguimos con el tema. Al día siguiente, al entrar en la escuela, se nos acercó el “Botija”:

-Mi padre me ha enseñado una canción comunista...

-Pues Perico “Vinos” dice que si no lo dejamos venir al rincón secreto, que ya no jugamos más con él en la bodega -advertí.

-Y si queréis vino, vais a tener que comprarlo en la taberna – remachó, Perico que se acercó al vernos hablar en voz baja.

Total, que lo dejamos que se viniera con nosotros.

-Pero como digas algo, te fusilamos cuando ganemos los comunistas... -le advirtió el “Botija”.

En cuanto salimos al recreo, nos fuimos derechos a escondernos en el rincón del día anterior.

-Dice mi padre que esta canción se llama “La Internacional” y que es el himno de los rojos. Ah, y que como nos pillen cantándola vamos todos a la cárcel...

-Oye, ¿podemos escribir la letra para aprenderla? –preguntó Perico.

-Sí, sí... Te la coge tu padre y te mata a palos.

Entonces, comenzó el “Botija” a cantar la canción:

“¡Arriba, parias de la tierra!
¡En pie, famélica legión!
Atruen la razón en marcha:
es el fin de la opresión.

El pasado hay que hacer añicos.
¡Legión esclava, en pie, a vencer!
El mundo va a cambiar de base.
Los nadie de hoy todo han de ser.

Agrupémonos todos
en la lucha final
el género humano
es la Internacional”

Estábamos todos cantándola en voz bajita cuando, de pronto, se nos vino encima una sombra muy grande... La voz de don Francisco,

suave pero terrible, cortó la canción en seco.

-Ya decía yo que aquí pasaba algo raro... Mira qué bien, la confabulación judeomasónica en pleno; liberales incluidos... ¿verdad Perico?

Dice mi madre, cuando uno se queda con la boca abierta, que se ha quedado como quien se tragó el cazo. Pues así nos quedamos nosotros. No nos atrevimos ni a echar a correr.

-Pero la culpa no es vuestra, no –continuó-. Ya hablaremos de esto. Ahora mismo, todos a clase y cuando acabe, os quedáis conmigo. Seguro que ya habéis repasado también el Himno de Riego. Estos niños...

Todo esto viene desde que don Francisco nos enseñó el “Cara al Sol” para el veinte de noviembre. El padre del “Rubio” cogió un mosqueo...

-Hasta ahí ha llegado don Francisco para poder seguir comiendo la sopa boba –dijo-. Si ya sabía yo que este maestro había entrado por el aro...

Pero eso no fue lo peor. Días después le tocó el turno al “Prietas las filas”, también para el Día de los Caídos. Y un par de días antes, don Francisco nos dio unos fusiles de madera y nos enseñó a ponernos firmes con ellos y a desfilar “arma al hombro”.

-Vaya arma –dijo el “Botija”-. Igualita que los tirachinas que hace mi primo Manuel...

-Pamplinas de fascistas –comentó el padre del “Pulga” cuando nos vio ensayando por la calle.

Y fue todavía peor cuando, la víspera del veinte de noviembre, le dio don Francisco la camisa azul al “Rubio”. Bueno, al “Rubio” y a todos los demás. Y nos dijo:

-Mañana, a las seis de la mañana, todos con la camisa azul en la puerta de la escuela.

-¡Tú, mi hijo, el hijo de un comunista, vestido con la camisa azul...!
-gritó el padre del “Rubio”-. Mira, niño, esos hijos de puta no me llevaron al paredón porque salió el “Carrero” por medio. Tú no te pones esa camisa así me metan en la cárcel.

¿Os había dicho yo que el “Carrero” es mi abuelo? A mi abuelo le decían el “Carrero” porque tenían un carro. Bueno, y el primer camión que hubo en el pueblo también fue el suyo. Lo usaba para repartir el vino por los pueblos de alrededor. Hasta Córdoba y Sevilla, dicen que llevaba el vino del pueblo. Y, además, se trataba con todo el mundo, mi madre dice que medio pueblo le debía favores. Favores y dinero.

Por eso era muy conocido y todos lo respetaban. Y gracias a él, se salvó al padre del “Rubio” del paredón. Otra cosa que no nos quieren explicar, ¿qué será eso del paredón? El caso es que el “Rubio” no se puso la camisa azul. Después fue su madre a hablar con don Francisco y le dijo que se levantó resfriado y que cómo tenía unas decimillas... El maestro se hizo otra vez el tonto.

Al medio día estábamos toda la pandilla jugando al fútbol enfrente de su casa. Don Francisco, que estaba sentado en el brasero leyendo, al oír los pelotazos, se asomó a la ventana y...:

-Que, ¿ya te has curado del resfriado?

Digo. Como si un resfriado se curase en dos horas. Yo me hago cada lío con don Francisco... Unas veces no hay quien se la dé con queso y otras parece más tonto que Abundio, que vendió el coche para comprar la gasolina. Los demás, que todavía estábamos cabreados por tener que pegarnos un madrugón en día de fiesta, nos quedamos con las ganas de que el maestro le echara la bronca allí mismo al “Rubio”.

-Pues el año que viene, me hago comunista –dijo Perico.

-Un comunista rico. Tú estás grillado –dijo el “Botija”.

Y encima, querían que nos gustasen las canciones esas. Porque frío hacía para dar y repartir. Hasta colgaban los carámbanos de hielo de algunos canalones. Y nosotros, primero la misa de difuntos esa, con el sacristán cantando con una voz tan hueca, que se parecía a la de su hijo, el “Meapilas”, el día que se cayó en la tinaja de aceite. Luego, a la calle, con la camisa azul, desfilando camino de la Cruz de los Caídos. Y el “Rubio”, en la cama, tan a gusto.

Bueno, ahora, cuatro meses después, se acuerda el maestro de eso. En cuanto se fueron los demás de la escuela, don Francisco cerró

la puerta y se quedó sólo con nosotros.

-¿Tu padre? -preguntó al “Botija”.

Y el “Botija se quedó más callado que en misa.

-Mirad bien lo que os voy a decir: que sea la última vez que cantáis eso en la escuela. Y yo, ni os he oído, ¿eh? Ya veré a vuestros padres esta tarde...

La Revolución

XV

Vaya si los vio... Acababa de acostarme cuando llegó mi padre del casino. Yo me imaginé que había estado con don Francisco. Me levanté sin hacer ruido y pegué el oído a la puerta:

-¿Sabes la última de los niños?

-¿Qué han hecho ahora? Como que estos niños están banderizados... todo el día de un lado a otro...

-Ya les tocará a ellos sufrir. No ha sido para tanto. Lo que pasa es que Francisco, el pobre... Menudo disgusto le van a dar un día de estos. Él se escapó de la quema por lo de la CEDA gracias al abuelo. Por el otro lado, el “Rubio”, con el partido comunista, ídem de lo mismo.

-¿Y...?

-Nada, que el “Rubio” y el “Botija” entre bromas y veras, se

dedican a enseñarle a sus hijos el himno de Riego y la Internacional. Y ellos, que ni tienen malicia, ni saben de qué va la cosa, se ponen a cantarlo en recreo...

-Y los cogió Francisco...

Porque mis padres le dicen Francisco al maestro. A mí me parece que son amigos desde chicos.

-Eso mismo –continuó mi padre-. Y como algún falangista todavía no se ha olvidado de que estuvo en la CEDA y no se quiso pasar a la Falange... Aunque él no se metiera en nada, esa cruz sí que se le ha quedado.

-Y su poquito de preocupación por lo que pueda decir la gente.

Yo me quedé con las ganas de preguntarle a mi madre al día siguiente qué era eso de la CEDA. Pero como me acordé de la que se llevó Perico cuando preguntó en su casa que si la mujer del alcalde era una mujer pública, preferí callarme. Seguro que eso era todavía peor que lo de puta.

Al día siguiente, les conté a los de la pandilla que don Francisco estuvo en la CEDA y que por eso llevaba una cruz. Nos tiramos varios días mirando al maestro como si fuese un bicho raro. Pero no conseguimos verle la cruz esa de la CEDA que dice mi padre. Y eso que no hacíamos más que darle vueltas por todas partes. Cuando te llamaba para corregirte el cuaderno, tú, ale, a mirarle la cabeza a ver si le veías la cruz. Y nada, no se le notaba ninguna señal.

-Pues yo no le veo ninguna cicatriz en la cabeza ni nada...

-Ni en las manos tampoco se le ve...

-Seguro que tiene la señal en las rodillas, como yo de cuando me caí rodando por el barranco –aventuré.

Lo malo, es que lo de la CEDA, no lo sabía ni Manuel, el primo del “Botija”. Así que nos quedamos sin saber lo que era. Lo que sí nos explicó fue que los republicanos son los que no tienen rey, se lo dijo su hermano mayor.

-Entonces, nosotros somos republicanos –dijo el “Pilili”- porque Franco no es rey...

-Claro, ya está –respondió el “Botija”-. Por eso dice la canción que

“Si los Reyes de España supieran
lo poco que van a durar”

-Vaya lío -dije yo-, nosotros no tenemos rey en España, ¿no? Pues entonces somos republicanos... Y si somos republicanos porque no tenemos rey, ¿por qué no podemos cantar las canciones de los republicanos?

-Esto son cosas de mayores, por eso no las entendemos bien... -remachó Manuel.

Por lo que nos ha contado el “Rubio”, don Francisco estuvo el otro día en la taberna charlando con su padre y quedaron en que por lo menos, que abra la boca cuando cantemos el “Cara al Sol”.

-Vamos a evitarle problemas a los niños -dijo don Francisco-. ¿Qué culpa tendrán ellos?

Y el “Rubio” no se ha aprendido el “Montañas nevadas”. Así que mientras los demás cantábamos todas las canciones patrióticas esas el Día de la Victoria, él se limitó a mover la boca nada más. Bueno, el “Botija” y el “Pulga” tampoco las cantaron. Dijeron que ellos también eran comunistas y que como todos somos iguales, no cantaban tampoco. Pero no se atrevieron ni a decírselo a don Francisco.

El día siguiente del Día de la Victoria, estaba lloviendo y no sabíamos dónde ir. Entonces, Manuel, el primo del “Botija”, dijo que, como somos flechas, podemos entrar a jugar en la casa del Frente de Juventudes, que allí hay futbolines, mesas de ping pong y todo:

-Hasta un Cine-Exin para ver películas de dibujitos...

-¿Y por qué somos flechas? –Preguntó el “Botija”.

-Niño, flechas quiere decir que somos de Falange –contestó Manuel.

-Sí... Si yo fuera de Falange, me mataba mi padre a palos -apuntó el “Rubio”.

-Si de Falange somos todos –lo tranquilicé yo-. Mira lo que pone la enciclopedia:

“En la Nueva España existe un solo partido político que acoge a todos los españoles y sirve de intermediario entre el Estado y el pueblo. Este partido es el de Falange Española Tradicionalista y de las

J.O.N.S.”

-Ah, bueno. Entonces mi padre también es de Falange –se conformó el “Rubio”, que estaba deseando aprender a jugar al ping pong.

Y nos fuimos a la casa del Frente de Juventudes a jugar. Lo pasamos más bien... Y eso que, cuando entramos, estaba allí don Felipe el maestro, que dicen que es no sé qué cosa de Falange. Se quedó mirándonos con una cara... Rubén el hermano de su novia estaba poniendo canciones en el tocadiscos. Nosotros nos acercamos a ver las canciones que tenía. Entonces se acercó don Felipe y nos dijo:

-A vosotros os gusta mucho ir al Cerro de la Oreja, ¿verdad? Ya me he enterado de que formáis buenas batallitas allí con los niños de Alamillo...

Pues a ver si aprendéis esta canción y, de camino, aprendéis también un poco de patriotismo. Y nos puso una canción que decía:

Son las escuadras de José Antonio
las que tienen que triunfar;
triunfaremos e implantaremos
el estado sindical.
¡Viva! ¡Viva! ¡La Revolución!
¡Viva! ¡Viva! ¡Falange de las JONS!
¡Fuera el capital!
¡Viva el Estado Sindical!

Cuando la terminamos de oír, nos dio un papel con la letra para que nos la aprendiéramos.

-Después de lo que pasó en la misa, cualquiera se atreve a decirle a don Felipe que mi padre no quiere que aprenda canciones de Falange... –dijo el “Rubio”.

Así que, después de oír la canción, estuvimos jugando toda la tarde. Al salir de jugar, leímos despacito la letra.

-Me aprendo yo una canción que habla de Falange y de José

Antonio, con la tirria que le tiene mi padre a esas dos cosas y me da una paliza tan grande como la del día que fui a misa –dijo el “Botija”.

-Anda que el mío... -contestó el “Rubio”-. Cualquiera va con esto a mi casa. Y eso que dice que “fuera el capital”...

Que es lo que yo digo, si los falangistas dicen que “fuera el capital” y los comunistas también, me parece a mí que a algunos mayores les gustan las peleas más que a nosotros, porque si no... ¿Por qué se pelean si los dos dicen lo mismo?

El caso es que, para no meternos en más líos, tiramos el papel cuidando para que no nos viera nadie. Bueno, eso es lo que creímos, que no nos vio nadie. Pero anda que no sabe nada don Francisco. Unos días después, estábamos jugando en recreo a las bolas y, precisamente cuando yo estaba haciendo trampas a Perico “Vinos”, se acercó a nosotros, se quedó mirándonos un momento, me dio un pescozón suavito y me dijo:

-Tramposillo... Estos niños... Pasáis de “La Internacional al “Cara al Sol” como quien bebe agua... Bendita ingenuidad la vuestra, hijos.

-Ah –nos dijo antes de seguir paseando por el patio-, este papel se os cayó el otro día al salir de la sede del Frente de Juventudes... Creo que os lo dio don Felipe.

Y siguió rondando entre los niños de la escuela.

-¡Joder! Lo que sabe el maestro –dijo el “Botija”.

-Mi abuelo dice que don Francisco se parece al que dijo eso de ¿a mí con cañas, que soy el padre de las castañas? –respondí.

Me imagino que muchos de ustedes habrán oído hablar del flautista de Hamelín y de su maravillosa flauta mágica. Yo reconozco que, cuando tenía cinco o seis años, me atraía todo este lío de las ratas y los niños arrastrados por la música del flautista. Basta con que les diga que cuando salía al campo con mi hermano mayor y oía la flauta de algún pastor, corría a esconderme detrás del primer peñasco que encontraba. Ahora, que soy un niño mayor, ya sé que eso es pura fantasía. Y aunque fuese verdad, por mucho que diga mi vecina la “Petro”, no acabo de convencerme de que secuestrar a los niños sea la solución de sus problemas.

-¡Ojalá viniese el flautista de Hamelín y os encerrara en la Cueva de los Murciélagos! –suele gritar la “Petro” cuando nos sorprende robando los limones de su patio.

De todos modos sigo sin aceptar eso de que un señor venga con la música de otra parte a reventarnos la vida en el pueblo. Que es lo que dice el “Botija”:

-¿Qué culpa tenemos nosotros de que su limonero sea tan bueno?

Y claro, si de mi patio al suyo se salta en un periquete, no vamos a dejarle a ella todos los limones.

-Luego, si se le pudren en el árbol porque no da abasto a cogerlos todos, se queda el árbol más feo... –eso, mi hermano, que se las pinta solo a la hora de empujarnos a alguna aventura.

Pues a pesar de nuestra buena voluntad para que su limonero no se ponga feo, la “Petro” dice que, bien mirado, el flautista ese les haría más de un favor a algunos vecinos del pueblo si nos coge por banda.

¿Qué a cuento de qué viene esto? Resulta que en Villa Bermeja andaban el mes pasado muy preocupados por el tema de las ratas, porque, como van a construir una barriada, tuvieron que levantar parte del alcantarillado para llevarlo hasta las casa nuevas, que dice Perico “Vinos” que son unas casas más grandes...

Las ratas, que estaban tan a gusto en sus escondites, se alborotaron con las obras y se dedicaron a incordiar a todas las vecinas del pueblo. Dicen que donde más ratas hay es por la calle del alcalde.

-Donde las dan las toman –dijo entre risas el padre del “Botija”.

-O como decía mi padre: “al amigo y al caballo no apretarlo”. Que puestos a comparar, aunque las ratas ni son amigas ni son caballos, algunas había hermosas como liebres –eso, el practicante, que siempre está de bromas.

-Al fin y al cabo, los culpables son los que las han echado de sus casas –dijo el “Botija” un día mientras atinaba con el tirachinas en el lomo de una que se atrevió a acercarse a menos de quince metros de nosotros.

-Mira qué bien –comentó la “Petro” al ver la puntería de mi amigo-. Por una vez en la vida podéis ser útiles para algo.

Y “Bastián”, el municipal, que la oyó, saltó en plan gracioso:

-Ahora sí que venía bien el dichoso flautista ese de Hamelín. A ver si acababa de una vez con las dos plagas del pueblo.

El asunto nos pareció tan serio que el “Pulga”, recordando la película de guerra que vimos el domingo, propuso que formásemos una patrulla para perseguir a las ratas.

-Y de camino, quedamos bien con el alcalde –concluyó.

-Además, que el alcalde es capaz de llamar al flautista ese para que nos lleve a todos –dijo su hermano pequeño que, como tiene siete años, todavía cree en las brujas y esas cosas.

A pesar de todo, no fue precisamente el hermano del “Pulga” quien nos convenció. Sea por quedar bien por una vez con el alcalde, sea porque teníamos ganas de gastar energías, como dice mi abuelo, decidimos arreglar los tirachinas y lanzarnos el domingo por la mañana a la caza de las famosas ratas de las alcantarillas.

-¿Dónde vais? –preguntó mi madre al verme salir armado hasta los dientes temiendo otra de nuestras clásicas “operaciones de castigo” contra los de Alamillo, que nada mejor para gastar las energías sobrantes que una buena batalla con la patrulla del “Tacatá”...

-Nos vamos de safari –contesté muy ufano-. Vamos a acabar con todas las ratas del pueblo.

-Puestos a matar ratas, a ver si matáis a algún falangista –soltó

entre carcajadas el padre del “Botija” que, en ese momento pasaba por mi casa.

Mi madre se puso a discutir con él.

-Tú, siempre tan burro y tan comunista –le dijo-. Ya me dirás cómo vamos a educar a nuestros hijos en el respeto a los demás.

-Será por el respeto que esa gente nos tiene a nosotros...

Aprovechando la discusión, salí corriendo camino del lugar de concentración. El “Botija” nos había dicho el sábado por la tarde que se trataba de un asunto serio y que había firmado un armisticio, como en las películas de guerra, con los de la escuela de don Felipe. Así que este domingo no habría guerra ni con los de Alamillo ni con los de don Felipe.

-Además, vamos a ir juntas las dos patrullas.

Así que nos juntamos casi todos los niños del pueblo menos los del equipo parroquial, que esos como no saben de peleas ni de tirachinas, no sirven para nada. Durante toda la mañana recorrimos medio pueblo. Quince ratas, dos farolas y los cristales de tres ventanas cayeron ante nuestro ataque.

Considerando que una de las ventanas era de la casa del practicante, lo que habíamos ganado por un lado, lo perdimos por el otro.

-Ya hablaremos cuando llegue la hora de las vacunas –amenazó al primero que pilló por banda.

Y como las desgracias nunca vienen solas, el lunes, nada más salir de la escuela, nos encontramos con el primo del “Botija”.

-Nuestro gozo en un pozo –saludó éste-. El ayuntamiento ha contratado a un técnico que esta misma mañana se ha presentado en el pueblo para acabar con las ratas.

-¿Un técnico? –pregunté-. ¿Eso qué es?

-Seguro que un técnico es un mago como el flautista de Hamelín –dijo el “Rubio” en plan sabiondo.

Contando lo de las ratas, se me olvidaba decir que esas casas que van a hacer son como las que se ven al entrar en Córdoba. Vaya, que de casitas, nada. Se llaman bloques de pisos, y son como casas

de vecinos, sólo que con muchos más vecinos y sin corrales, ni cuadras, ni nada de eso. Yo no sé, luego, dónde van a meter los mulos y las cabras. Y los niños que vivan ahí, cualquiera sabe donde van a jugar, sin cuadras, ni patios, ni desvanes...

La Semana Santa...

XVII

Este año, en Semana Santa, ha venido un niño nuevo al pueblo. Se llama José María. Es más raro... habla como los de la radio. Su madre es de Villa Bermeja. Era amiga de la mía, pero se fue a Madrid de chica y se casó con un oficinista del banco. Como no han venido al pueblo desde entonces, el niño no conoce a nadie. Yo creo que por eso su madre vino a mi casa con él al día siguiente de llegar.

-Es para que se conozcan y salgan a jugar –le dijo a mi madre.

-Mira, Manolo, este niño es de Madrid y se llama José María –eso, la señora, como si me conociese de toda la vida-. Viene para ser tu amiguito.

-Bueno –dije yo.

Pero lo vi tan blancucho y tan cursi, que me pareció que no le iban a gustar los juegos del pueblo.

-Quien la ha visto y quien la ve –dijo mi abuelo cuando oyó hablar a la madre de José María.

-Papá, es que se le habrá pegado ya la forma de hablar de Madrid.

-Mira, niña, una cosa es que se le pegue la forma de hablar y otra que no sepa hablar ni como aquí ni como allí –contestó el abuelo-. Quien burro nace, burro muere.

Y siguieron discutiendo un rato sobre la madre de José María. Por lo visto era de familia muy pobre. Todos se tuvieron que ir a Madrid a buscar trabajo poco después de la guerra. Que es lo que dice mi abuelo:

-¿Cuándo se van a enterar de que una guerra no la gana nadie?

Yo me llevé a José María a enseñarle las cuadras. Cuando vio los mulos y la yegua de mi padre por poco echa a correr asustado. Como que yo creo que se pensaba que todos los caballos son como los de los fotógrafos: de cartón.

-¿Y qué comen? –preguntó como temiéndose que se alimentaban de niños o algo así.

-Paja, ¿qué van a comer? Y me lo llevé al pajar. Cuando vio aquello tan grande se quedó con la boca abierta.

-¿Y por qué no vive nadie en este piso?

Ahí me pilló. Yo no tengo ni idea de lo que es un piso, bueno, algo sí sé, claro que por dentro, como no he visto ninguno, hasta que no terminen los que van a hacer, no tengo ni idea de cómo son. Aunque no creo yo que sean como un pajar... Que en el pueblo, la familia vive en la casa, o en la casa de vecinos, pero en el pajar...

Cuando salimos a la calle, al primero que encontramos fue a “Rompehigos”. En cuanto vio a José María, me miró de reojo con cara de guasa.

-Mira, un niño litri en la pandilla. Seguro que éste sí le gusta al “Meapilas” y a Rubén –dijo en voz baja.

-¿Cómo? –preguntó José María.

-Nada –respondió “Rompehigos”-. Cosas nuestras.

A mí, si digo la verdad, no me importan mucho que el tal José María sea un niño litri. Ahora, que diga que nosotros hablamos muy

mal, porque se lo ha dicho su padre...

-Es que mi papá es de Madrid. Y allí se habla muy bien.

Y encima, se cree más listo que nosotros. Siempre quiere que hagamos lo que él manda:

-Yo soy muy listo y estudio en un colegio de curas –eso, presumiendo.

“Rompehigos” tiene unas ganas de pegarle una paliza...

-En cuanto le demos a éste un par de castañas, se le quita la tontería para un mes.

Los problemas con José María comenzaron el Domingo de Ramos. Después de la procesión, se vino a jugar con nosotros Mohamed, un niño moro que ha venido a Villa Bermeja con el tío de Perico “Vinos”, el que es militar y está destinado en Ceuta. Cuando José María lo vio, no quería que jugase con nosotros.

-Si ese niño no cree en Dios, ¿cómo va a jugar con nosotros? Mañana, en cuanto vengan, voy a llamar a Jorge y a Antoñito que son dos amigos míos. Se lo voy a decir para que les escriban a los Reyes Magos y que el año que viene no os traigan juguetes a este pueblo, por jugar con niños moros.

El lunes santo vinieron los dos amigos esos. Iban a pasar la Semana Santa con sus abuelos en Córdoba, y habían pasado por el pueblo a saludar a unos familiares. José María, el muy pelota, se fue con ellos toda la mañana. En cuanto se fueron y lo dejaron sólo, se vino otra vez con nosotros a jugar, y dijo en plan presumido:

-Ya he hablado con mis dos amigos. Os vais a enterar esta Navidad...

Nosotros no le hicimos ni caso. Además, dijo el “Botija” que nos quedáramos calladitos, que hay más días que ollas. Así que ni le pegamos ni lo apedreamos ni nada. Pero luego nos reímos más... Dice el “Pilili” que hasta nos tenemos que confesar de lo que hicimos:

-Eso me parece a mí que es pecado.

-Bueno, pues yo me confieso con don Juan y ya está –dijo Perico.

Como tiene mucho dinero, desde que se confesó con don Ramón y estuvo casi toda la misa confesando, es capaz de pagar una perra

gorda para que lo dejen meterse en la cola de don Juan.

Aunque tampoco creo yo que sea para tanto. Pecado venial, vale, pero ya está. Porque con eso, ni se te seca el cerebro ni nada. Bueno, al revés: se nos mojó toda la ropa.

Y tampoco está la cosa ahora como para ir a confesarse de un pecado gordo. Que con el trabajo que nos ha costado ponernos a las buenas con don José para que nos meta en el equipo de la parroquia, no es cuestión de que ahora sepa que estamos cometiendo pecados.

-Nos confesamos todos con don Juan y ya está -propuso el "Pulga".

-Eso, eso -dijo el "Botija"- . Con don Juan, con lo sordo que está, soy capaz de confesarme hasta yo, que no voy a misa.

Esa es otra, en Semana Santa no podemos cometer ni un pecado, porque el Domingo de Ramos, todos nos tenemos que confesar. Don Felipe y don Francisco nos llevan a una misa que es más larga que un día sin pan, y nos ponen en fila en los confesionarios. No se escapa ni uno. Los que se confiesan con don Juan van a niño por minuto, y terminan más contentos...

-¿Qué penitencia te ha puesto?

-Un Credo y un Padrenuestro.

-Pues a mí, nada más que un Padrenuestro y un Avemaría.

-A mí, don José, me ha puesto cinco Padrenuestros, tres Credos y diez Avemarías –contaba otro.

Ya, por don José, la cosa se va complicando, y si eres de nuestra pandilla... hasta te puedes tirar cinco minutos confesando con él. Y, como lo cojas con un poco de mal talante te coloca dos misas el domingo y se queda tan a gusto. Pero eso es a los niños mayores, que dice Manuel que como cometen tantos pecados de malos pensamientos cuando se van por las noches a espiar a las parejas de novios, pues luego les pasa lo que les pasa...

El remate de los tomates, es que seas de mi pandilla y te toque don Ramón. Entonces pueden caerte hasta dos rosarios enteritos con sus letanías y todo, que eso es peor que las misas, porque en la misa, te duermes y ya está, pero el rosario, tienes que estar pendiente de lo

que toca rezar. A Perico, por irse tanto de un lado a otro, buscando que le tocara don Juan, lo cogió del brazo don Felipe y ale, a la primera fila que pilló: don Ramón. Lo que le faltaba para tenerle más tirria a Rubén y a su hermana.

El martes por la noche, José María se vino con nosotros a ver salir la procesión y nos fuimos todos a la Ermita. Esta procesión sale de la Ermita del Calvario y como lleva antorchas y baja por un camino desde el cerro a la plaza, es de las más famosas del pueblo. Hasta vienen de Alamillo a verla. Mohamed también se vino. Dice que como en su religión Jesucristo también es profeta, no cree que sea malo venir a ver la procesión.

-Además, que mi padre es militar y ha estado en la Guardia Mora de Franco. Así que él también ha ido a muchas procesiones y no le ha pasado nada –nos explicó.

Nada más oír eso, José María se volvió loco por hacerse íntimo amigo de Mohamed. La verdad es que nosotros no sabemos qué es la Guardia Mora, pero eso no parece malo ni nada... El caso es que como llovió hace pocos días, el camino estaba lleno de charcos, y el agua corría por el arroyuelo que pasa junto al camino. El “Botija” y el “Pulga” iban delante, corriendo y saltando, hasta que llegaron a un montón de piedras que había a un lado. Se subieron en lo alto y nos esperaron allí.

-Mira detrás con mucho disimulo -me dijo en voz baja el “Pulga”-, y no digas nada.

Detrás había una zanja llenita de agua. Nos quedamos todos allí encima esperando que pasara la procesión. Yo no hacía nada más que mirar al “Botija” hasta que se me acercó el “Rubio” y me cuchicheó:

-Que dice el “Botija” que no se ponga nadie detrás de éste -señaló a José María.

Entonces pasaron el “Meapilas” y Rubén.

-Nosotros nos vamos más cerca de la Ermita -dijeron.

-Pues desde aquí se ve mejor -les contestó Perico “Vinos”.

-Es verdad, desde aquí se está en alto.

Y se quedaron con nosotros.

-Estos también van a probar el agua bendita -masculló el “Botija”.

Yo comencé a escamarme. Con el trabajito que nos había costado hacernos amigos de Rubén y del “Meapilas” para meternos en el equipo de la parroquia, si don José se enterara de que hemos hecho alguna de las nuestras, nos echa del equipo otra vez.

Y los diablos del mal...

XVIII

Todo el pueblo subía hacia la ermita para ver salir la procesión. Nosotros, desde el montón de piedras, la veríamos mejor que nadie. ¿Ya había contado que la “Pitraca”, la madre del “Meapilas”, se viste de Magdalena el Viernes Santo? Pues este año, la “Pitraca” también sale en la Procesión del Calvario. Porque dice don Ramón, el cura nuevo, que si la Magdalena estaba en el Calvario al pie de la Cruz, que eso quedaba muy litúrgico. Que vaya usted a saber qué es eso de litúrgico. Pero bueno, el caso es que sale, ya está.

Sigo. Estábamos todos esperando la procesión cuando pasaron, camino de la Ermita, la “Señá” Paca, la “Petro”, y la “Pitraca”, que iba ya vestida de Magdalena, y con el culo más apretado que nunca. Dice el “Pilili” que su madre estaba en la iglesia cuando fue la “Pitraca” a quitarle el vestido a la Magdalena de verdad para ponérselo ella. Cuando don Ramón se dio cuenta de la diferencia que había entre un culo y otro, por poco se arrepiente de la idea.

-El año que viene, hay que hacer un nuevo vestuario a la Magdalena, aunque sea más humilde que el actual -comentó don Ramón.

“Esta mujer se carga la túnica de la Magdalena”, creo yo que fue lo que, de verdad, pensó el cura mientras comparaba, en silencio, aquellos dos culos.

La “Señá” Paca, la “Pitraca” y la “Petro”, que no dejaban de

curiosear todo lo que se movía en el camino, se nos quedaron mirando al pasar junto a nosotros como quien está viendo al diablo en persona. Se acercaron con una cara tan descompuesta que parecía como si fuésemos a atacarlas.

-¿Qué hacéis aquí vosotros dos? -preguntaron a sus hijos.

-Nada, que venimos a ver salir la procesión.

-¿Vosotros habéis confesado el Domingo de Ramos? -nos preguntaron.

Y se hicieron de nuevas, como si no supiesen que nos habían metido a todos en la iglesia a la pura fuerza.

Ay, a propósito de esto, que no había contado lo que le pasó al “Botija” el Domingo de Ramos. La “Señá” Paca entraba con Chari en la iglesia justo detrás de nosotros, y cómo están con don Felipe como un tonto con un lápiz, allá que se pusieron a echarle una mano a los maestros...

Así fue como el “Botija” cayó en las redes de Chari en el momento en que intentaba tomar las de Villadiego, que es lo que dice don Francisco cuando uno intenta irse de un sitio. Total, que “Chari” cogió del brazo al “Botija” y lo metió dentro de la iglesia.

Lo peor no es eso, sino que, como estaba despistado por la poca costumbre que tiene de entrar en la iglesia, cuando empezaron los maestros a ponernos en fila para confesar, él, viendo que casi nadie se iba a la cola de don Ramón, se creyó que si se ponía en ella terminaba antes. Y se colocó detrás de Perico, que ya había sido hecho “prisionero” por don Felipe.

Con decir que casi toda la cola de don Ramón se tuvo que ir a la de don Juan porque entre los dos se tiraron confesando hasta la hora de la comunión... Cuando salimos de misa, se vino para nosotros el “Botija” y amenazó:

-Como le digáis a mi primo Manuel que me he confesado, os vais a enterar.

-¿Qué te ha puesto de penitencia?

-A mí, como soy comunista y no creo en Dios, me da igual. No la voy a cumplir... Además, que yo no sé rezar el rosario, y si mi padre

me ve entrar en misa tres días seguidos... A Perico, sí lo vimos entrar el lunes y esta mañana en la iglesia.

Bueno, sigo. El caso es que la “Petro” y sus amigas, no acababan de fiarse. Pero como habíamos confesado el domingo y, además, estaba José María con nosotros, convencidas de que íbamos a portarnos bien, siguieron su camino hacia la ermita.

-Tened cuidado, niños. Y en cuanto pase la procesión, a casa, que no sabéis cómo se pone el pueblo de borrachos esta madrugada.

Un momento después aparecieron el “Cabra” y “Bastián”, los policías municipales. Se nos quedaron mirando y se vinieron derechos.

-Nosotros no hemos hecho nada -saltó “Rompehigos” antes de que dijeran una palabra.

-Quien algo teme, algo debe -respondió “Bastián”, que se sabe más refranes...

Y se quedaron a nuestro lado, subidos en el montón de piedras. El “Cabra”, que ya olía a vino como si acabara de salir de la bodega de Perico, se puso en plan simpático con nosotros.

-¿Ustedes se van a quedar aquí a ver la procesión? -preguntó el “Botija” que ya veía chafarse el invento.

-¿Por qué lo preguntas? -respondió “Bastián”, que sabe más que el “Cabra”.

-No. Nada. Para hacerles sitio -mintió el “Botija”.

Por si no lo sabéis, el “Cabra” es tan borracho como “Rompehigos” y de loco... bueno, más que “Choto Loco”, el tío de Perico “Vinos”. Con decir que de chico era cabrero, y una vez, que se quedó una cabra en medio de un laderón y no podía salir ni hacia arriba ni hacia abajo, hizo una cosa que no se le ocurre ni al que asó la manteca en un palo. Desde lo alto del laderón echó un lazo, cogió la cabra por el pescuezo y, encima, se cabreó cuando vio que al llegar arriba se había muerto ahorcada.

-Vaya cabra -dijo-. ¿Pues no se ha muerto del susto la hija de puta?

Y se quedó tan tranquilo.

El “Botija” no sabía cómo quitarse de en medio a los dos policías.

-Mira, Sebastián, desde aquí dominamos casi todo el camino por si pasa algo –comentó el “Cabra”.

O sea, que no se pensaban mover de allí hasta que pasara la procesión. ¿A que se iba a estropear la aventura? Yo me acerqué al “Botija”.

-Oye, “Botija”, ¿y si nos quedamos tranquilos y no hacemos nada? José María, cuando se ha enterado de que el padre de Mohamed es militar y de la Guardia Mora, ya hasta se quiere hacer amigo suyo.

-¿Y los tres días que lleva dándoselas de listo?

-Es que con “Bastián” y el “Cabra” encima, es peligroso –respondí.

-Bueno, ya veremos.

A todo esto, la procesión ya había salido de la ermita y comenzaba a bajar por el camino. Como estábamos en el mejor sitio, al poco tiempo estábamos apelotonados lo menos diez o doce personas en lo alto del montón de piedras. Hasta Manuel, el primo del “Botija” se había sumado al grupo. Bastián, que no se ha olvidado de cuando intentó quitarle la pelota, le dirigió una mirada asesina. Entonces me di cuenta de que los dos primos estaban hablando en voz baja.

Cuando el Cristo estaba ya a punto de llegar a nuestro lado, de pronto el “Botija” y Manuel se pusieron a gritar.

-¡Mira, dos borrachos peleándose ahí detrás!

Como el “Cabra” ya estaba cieguecito de vino, se volvió tambaleándose, se apoyó en José María, que estaba justo a su lado, y entre que no se sostenía bien y el empujón que le dio Manuel con mucho disimulo como quien intenta sujetarlo, acabaron los dos resbalándose. Fueron a caer justo en el charco que había detrás de nosotros.

Como os podéis imaginar, aprovechando el revuelo, también acabaron en la zanja el “Meapilas”, Rubén y hasta “Bastián”, el municipal. Nosotros, como somos pequeños, no nos atrevimos a ayudarles a salir, por si nos caíamos también al agua. Así que echamos a correr y nos quitamos de en medio.

Mira que era de noche y todo; pues al momento ya sabía todo el

pueblo quienes éramos los protagonistas de aquella nueva historia.

Yo ya no he visto más procesiones este año. Bueno, la del Nazareno, que pasa por mi casa, sí. A esa me dejó mi madre asomarme a la ventana.

...

Nos ha contado Manuel que como la Hermandad del Nazareno tiene muy poco dinero, por eso la ropa que se pone la “Pitraca” para vestirse de la Magdalena en Semana Santa, es la que tiene la Magdalena de verdad. Lo malo es que la madre del “Meapilas” está cada vez más gorda y como la estatua ni come, ni engorda, ni se va por ahí a jugar con gente como nosotros, pues la ropa siempre es la misma, cada día más vieja, pero no se acababa de romper.

Este año, entre las prisas por vestirse, lo vieja que está la ropa y los kilos de más de la “Pitraca”, le quedaba todo tan apretado que el culo iba a estallarle.

-Como que tiene el culo más gordo que una mesa-estufa -se reía “Rompehigos”.

El caso es que cuando estaba terminando la procesión del Viernes Santo, al subir las gradas de la Iglesia se le saltaron las costuras y se quedó con la combinación al aire. Al ponerse dos días casi seguidos la ropa, entre lo vieja que está y el culo de la “Pitraca”, pues pasó lo que pasó. Dicen que se lió una...

El “Botija” padre gritaba, borracho, que hasta Dios es anticlerical. Que si no, a cuento de qué iba a permitir esas cosas en un día tan señalado.

Viéndolas venir

XIX

Lo malo de las vacaciones es que se pasan sin darte cuenta. Y eso que, este año, la Semana Santa se me ha hecho más larga... Mi madre me ha dejado sin salir desde el martes hasta el viernes. Por lo de la procesión, ya sabéis.

Cuando salí el sábado, ya se habían hecho amigos José María y Mohamed. Claro, desde que se enteró de que el padre de Mohamed era de la Guardia de Franco, se olvidó de que es moro.

Para mi consuelo, Rubén y el "Meapilas" también han estado castigados: por salir con nosotros. El "Meapilas", como el día que pasó lo del Calvario sus padres estaban en la procesión y la casa estaba cerrada, mientras llegaban o no, estuvo un rato grandísimo en la puerta. Casi cogió una pulmonía por culpa del remojón que se dio en la charca... Le está bien empleado, por tonto, y por chivato con don José.

Que es lo que yo digo, ¿qué culpa tenemos de que el "Cabra" estuviera borracho y al volverse tan deprisa se cayera en la zanja llena de agua? Pues no se creen que fue él quien tuvo la culpa del jaleo que se formó.

Todos dicen lo mismo: que si nosotros estábamos allí al lado, que si somos más malos que un dolor de barriga, que si somos como la marabunta esa. El caso es que hasta nuestras madres nos echan la culpa del escándalo.

-¡Qué vergüenza! Todo el pueblo se ha enterado -dice la mía.

El Domingo de Resurrección también nos dejaron nuestros padres salir para ir a misa. Luego, nos llevamos a José María y a Mohamed al Cerro de la Oreja a pelearnos con el "Tacatá" y su pandilla. El "Meapilas y Rubén no vinieron: a esos todavía les duraba el castigo.

Comenzamos la pedrea nada más llegar, pero como íbamos con

refuerzos y Mohamed tiraba piedras tan bien como el “Pulga” o mejor, firmamos la paz al momento y nos pusimos a jugar un partido de fútbol. Que también lo ganamos, por cierto.

-Eso no vale -dijo Luisillo el “Tacatá”-, habéis traído refuerzos.

Al final resultó que José María juega bastante bien al fútbol. Aunque es un poco tramposo y muy protestón. Ahora, que cursi, litri y torpe para tirar piedras... en eso, es el campeón de los adoquines. Si viene este verano de vacaciones, con unas cuantas lecciones, a lo mejor podemos sacar algún provecho con él.

Cuando volvíamos del Cerro, al pasar por la puerta del casino, vi a mi padre hablando con don Francisco. Como son amigos desde hace mucho tiempo, no le di importancia ninguna. Don Francisco se quedó mirándome y me llamó. Ya eso me extrañó un poco.

-Que yo no fui, don Francisco, que es que el “Cabra”, ¡uy! Perdón, que el municipal, al volverse...

-No es eso, Manolo -me cortó-. Aunque a lo mejor sí sabes algo sobre el extraño chaparrón que le cayó encima a la madre de Cirilo en la procesión del Viernes Santo. ¿No te has enterado de eso?

-Qué va, don Francisco. Si yo estaba castigado. Si no, que se lo diga mi padre...

La verdad es que sí lo sabía. Vaya, que Manuel, el primo del “Botija”, nos lo contó con pelos y señales. Tuvo que saltar de una azotea a otra para ir disparando con una pistola de agua y volverse corriendo y saltando otra vez a su casa antes de que lo pillara “Bastián”.

-Por cierto, y volviendo a lo que estoy hablando con tu padre - continuó don Francisco-. ¿Tú qué quieres ser de mayor?

-Yo... maestro -dije.

-¿Y si para eso te tienes que ir fuera a estudiar?

-No sé -contesté con una voz que apenas me salió del cuerpo.

-¿Tú no quieres irte a estudiar a un colegio interno donde harás muchos amiguitos?

-Bueno -volví a responder ya casi en un sollozo-. Pero aquí ya tengo muy buenos amigos...

-Amigos, sí, pero buenos... Menudas piezas estáis hechos –eso, mi padre, que se nota que se había puesto de parte de don Francisco.

Yo no sé por qué, pero el caso es que aquello comenzó a escamarme. Cuando volvimos a la escuela después de las vacaciones, nos juntamos en recreo los de la pandilla.

-Me ha dicho mi padre que como el año que viene empiezo el bachiller, me tengo que ir al colegio de los maristas de Jaén a estudiar -dijo Perico.

-Pues mi padre me ha preguntado que si me quiero ir interno a estudiar Bachillerato -respondió el “Botija”.

-Y mi padre quiere que yo sea tornero –intervino el “Pulga”, al que su padre le explicó que para ser alguien el día de mañana había que irse a estudiar Formación Profesional.

-Para recoger aceitunas ya sobramos en el pueblo con los que estamos –le dijo su padre.

Cuando, pocos días después, nos explicó don Francisco eso de que una confabulación de enemigos de la patria iba a hundir a España y que por eso nos salvó Franco, yo me quedé a la luna de Valencia, como dice mi abuelo. Porque aunque no sabía qué es una confabulación, lo que es saber de enemigos, de eso estaba aprendiendo a marchas forzadas... me parece a mí que nos estaban saliendo hasta debajo de las piedras.

A pesar de que más de una palabra rara de esas que salen en los diccionarios ya me había costado un disgusto, lo primero que hice fue buscar “confabulación” en el diccionario. Y me costó otro disgusto. ¿No os había dicho yo que aquello empezaba a escamarme? Pues ya está, llevo razón. Confabulación significa *“acción y efecto de confabular. Tómate, por lo común, en mala parte”*.

Lo que me imaginaba, el maestro y nuestros padres nos están preparando algo “en mala parte”. Así que decidimos que había que portarse bien con el fin de evitar males mayores.

Maniobras fallidas

XX

Como había que tomar la iniciativa, nuestras maniobras militares comenzaron inmediatamente:

-Abuelo, ¿te voy por tabaco? -saludaba yo a mi abuelo en cuanto lo veía.

Y conste que si hacía esto no era sólo para evitar irme interno a un colegio. Como dicen en las películas de guerra, lo hacía con un doble objetivo táctico: para parecer mejor, y para que me diese una perra gorda, que todo hay que decirlo.

-Mamá, que ya he hecho la cama -decía el otro -. ¿Te voy por el pan?

-Buenos días don Francisco –saludábamos, casi a coro, ceremoniosamente, al entrar en la escuela todos los días.

Nos tiramos así por lo menos tres o cuatro semanas. Hasta don Francisco comenzó a ponernos como ejemplo de niños estudiosos y con futuro.

-Si seguís así, muy pronto os iréis a estudiar internos a un colegio para haceros unos hombres de provecho el día de mañana...

-¿Que si seguimos así nos vamos internos a un colegio? -preguntó el “Botija”.

A mí se me vino el mundo encima.

-¿Qué queréis?, ¿quedaros en el pueblo sin estudiar y ser unos desgraciados?

-¿Desgraciados aquí, con lo bien que lo pasamos? -al “Rubio” le

salió del alma la pregunta.

Don Francisco se volvió hacia él lentamente, como los pistoleros del oeste.

-Ya lo sé, hijo, ya lo sé...

Y hasta se puso un poco triste. Yo creo que el “Rubio” lo convenció, porque se olvidó del asunto y enganchó el tema de nuestro futuro con el de España. Nos explicó que España es una Unidad de Destino en lo Universal. Que vaya usted a saber lo que quiere decir eso. Menos mal que Manuel, el primo del “Botija”, dice que luego no lo pregunta nunca, que si no...

El caso es que ya no sabemos si es peor estudiar o portarnos mal. Si estudias, vas a un colegio interno, y si no estudias, te castigan: vas interno a un colegio.

El domingo pasado, como hacía mucho calor, en lugar de irnos de pelea al Cerro de la Oreja, nos fuimos a bañarnos a la alberca de la huerta de Miguelito, que es pariente de “Rompehigos”. Que esa es otra, tanto Miguelito, Miguelito, y es más grande que la torre de la iglesia. Y bruto... Ya veis, un día se apostó cien pesetas a que tenía la cabeza más dura que la de un burro. Y la tenía. Dicen que le dio un cabezazo a un burro moruno en la frente y lo dejó K.O. lo menos diez minutos.

Bueno, sigo con lo de la huerta. Los de Alamillo, cuando llegaron al cerro y vieron que no estábamos, se imaginaron que nos habíamos ido a la huerta y, como estaba cerca, pues nada, allí nos juntamos todos.

El “Pulga” fue el primero que aclaró a los recién llegados:

-Oye, si estamos aquí será para bañarnos, digo yo.

-Bueno, vale –dijo el “Tacatá”.

-Claro -concedió “Rompehigos”-. En no vaciando la alberca...

-Y como la alberca es para regar la huerta, con la mierda que traen los de Alamillo, así tiene más abono -eso el “Botija”, que tenía otra vez ganas de pelea.

Y se lió la de todos los veranos en la huerta. Luisillo “Tacatá” que se tira en plancha por el “Botija”, Perico y yo, que estábamos tan

tranquilos, ale, arrastrados al agua vestidos, y hasta con los zapatos puestos. Los demás, sin pensárselo, a la alberca de cabeza y una ahogadilla por aquí, un remoquete por allí, un zapato que se pierde en el fondo...

Menos el “Pulga” y el “Rubio”, que no se veían por ningún lado, todos estábamos metidos en el zafarrancho de combate.

-El “Rubio” se esconde más que su padre -dijo “Rompehigos” cuando lo echó de menos.

Yo no sé muy bien por qué dicen eso. Un día, oí a mi padre decir que mi abuelo escondió al padre del “Rubio” al terminar la guerra hasta que pasó todo, y que por eso no lo fusilaron. Bueno, y a don Francisco, creo que también lo escondió o lo que fuese.

El caso es que aquello ya no era una pelea, era la guerra mundial en chiquito. Y lo gracioso es que, con tanto jaleo, todos nos dábamos a todos.

El “Pilili”, como hacía mucho calor y todos teníamos la ropa empapada, propuso:

-Nos quitamos la ropa para que se seque y nos quedamos en calzoncillos jugando en el agua.

-Eso, eso. Y el “Pilili” sale ya del capricho y ve lo grande que tiene la pilila “Rompehigos” -provocó el “Botija”.

-No, si éste es tan marica como su tío, el sastre -saltó Perico “Vinos”.

Volviendo al Pulga y al “Rubio” ¿a que no sabéis por qué no los veíamos? Porque estaban en la huerta cogiendo habas verdes. Cuando llevábamos un rato de pelea y ahogadillas, conseguí salir de la alberca. Al acercarme a un rincón a descansar un rato y a quitarme los zapatos para que no se estropearan más, los vi muy tranquilos, sentaditos a la sombra de una higuera. Más callados que en misa, estaban los dos dale que te pego a un montón de habas verdes que escondían entre las piernas.

Total, que me quité de en medio y me fui a comer habas con ellos. Con la excusa de que tenían la ropa mojada, se quitaron la camisa y, haciendo un nudo en las mangas, éstas se quedaron como si fuesen

dos talegas juntas.

-Oye, si vosotros no os habéis mojado...

-Tú calla. Ni que las habas fueran tuyos...

-Son para mi casa -aclaró el "Pulga".

-Claro, y así nuestras madres no tienen que comprar verduras esta semana -corroboró el "Rubio".

Que yo creo que eso no es pecado, porque como dice el maestro que robar por necesidad no es pecado y los dos son tan pobres... Bueno, ahora tienen más dinero: sus padres han estado de temporada recogiendo aceitunas todo el invierno. Y después, la escarda... Pero aún no son ricos. Bueno, eso creo yo, porque todavía no comen caliente nada más que una vez al día.

...

Mi padre me ha dicho que de aquí a fin de curso, tenemos que quedarnos una hora más en la escuela todas las tardes, porque tenemos que preparar unos exámenes de ingreso en no sé qué sitio. El caso es que cuando empieza el buen tiempo, tus padres se empeñan en que trabajes más. Que si exámenes, que si las notas de fin de curso, que si el día de mañana...

Mi hermano, contaba el otro día en una carta que me escribió desde su colegio que lo está pasando muy bien y que ha ido varios domingos de excursión a la sierra con sus profesores. Ya ves tú, nosotros vamos a la sierra todos los domingos y, encima, sin maestro. Me va a dar a mí mucha envidia...

Yo creo que dice eso porque se lo ha pedido mi madre a ver si así me dan ganas de irme interno a un colegio. Como si yo no me diera cuenta. El caso es que cuanto más cerca estamos del verano, más cosas raras vemos por nuestras casas: cartas por aquí, don Francisco que charla con nuestros padres más que nunca por allá...

Menos mal que de vez en cuando dedicamos un buen rato en la escuela a hacer trabajos manuales, que si no, era para volverse loco. La semana pasada, estuvimos aprendiendo a hacer altarcitos para ponerlos por las esquinas. Con motivo del Corpus hubo un concurso de niños de todo el pueblo. Dijo el maestro que los mejores altares

iban a ponerlos en una esquina el Día del Corpus. Ganaron el concurso los de la escuela de don Felipe.

EPÍLOGO

Dice el maestro que el día del Corpus es muy importante, y que ese día reluce como el sol:

-Tres jueves hay en el año que relucen como el Sol: Jueves Santo, Corpus Cristi, y el Día de la Ascensión.

Y debe ser verdad, porque hacía un calor... Este año, han puesto una película del oeste. Yo creo que esa película es la que tiene la culpa de todo. Porque si no llegan a ponerla, no pasa nada. Pero claro, tuvimos que ir todos los niños de las escuelas a la procesión. Bueno, también iban los de todas las hermandades, los niños de Primera Comunión, el alcalde... todo el pueblo, vaya. Y como se hacía tan larga, dijo Perico:

-La película va a empezar antes de que acabe la procesión.

-Entonces no podemos verla... -respondí.

-¿Y si nos escapamos al llegar a una esquina, como hace el "Botija" los domingos cuando vamos a misa?

-Eso, eso -Aceptó el "Pulga" en voz bajita-. Si al "Botija" no lo pillan...

Y así lo hicimos. Al llegar a una esquina, muy cerquita del cine, echamos todos a correr y nos escapamos. Sacamos nuestras entradas y nos metimos en el cine. Todo muy bien. Pero claro, el "Botija", cuando se escapa, se escapa sólo. Y nosotros nos habíamos escapado media clase. Menos mal que la película era buenísima. Entre tanta tarea, cartas y visitas de las madres al maestro, esa película es lo único bueno que nos ha pasado hasta fin de curso.

El Viernes, al llegar a la escuela, don Francisco se puso en la puerta con la regla en la mano, cuando yo fui a entrar, me puso la regla en el pecho y me empujó, suavemente, hacia fuera... Después, al

entrar Perico, como vio la regla dirigirse a su pecho, ni se molestó en intentar entrar. Y así, de uno en uno, nos fuimos quedando todos en la puerta. Y eso que no hubo chivatazo ni nada... Anda que no sabe nada don Francisco cuando quiere.

-¿Por qué os habéis quedado en la puerta? -pregunto don Francisco.

Como si él no lo supiera...

-Es que al llegar a la esquina del callejón que da a la taquilla de cine, pasó el tío del saco y os secuestró. ¿Verdad? -continuó- ¿No tenéis nada que decir?

Y como mi madre dice que calladitos estamos más guapos, pues no abrimos la boca. ¿Para qué? De esa manera sólo nos castigó ese día sin comer.

...

Días después llegó una carta del colegio: había aprobado. O sea, que en septiembre me vine interno al colegio. Mis padres se pusieron muy contentos. Yo no sé si porque me voy a convertir en un hombre de provecho, o porque se iban a librar de mí. Y la "Petro", mi vecina, siempre tan graciosa:

-Al final, hasta mi limonero va a dar más fruta -comentó entre risas.

-Tienen sus problemas estos diablillos, pero capacidad para de abrirse paso en la vida les sobra -presumió don Francisco ante mi padre días después de comenzar las vacaciones.

Perico, se fue a otro colegio, y Rubén, y el "Pulga" y "Rompehigos"... En el pueblo no ha quedado ninguno de la pandilla.

¿Habrà sido éste el último verano feliz de mi vida?